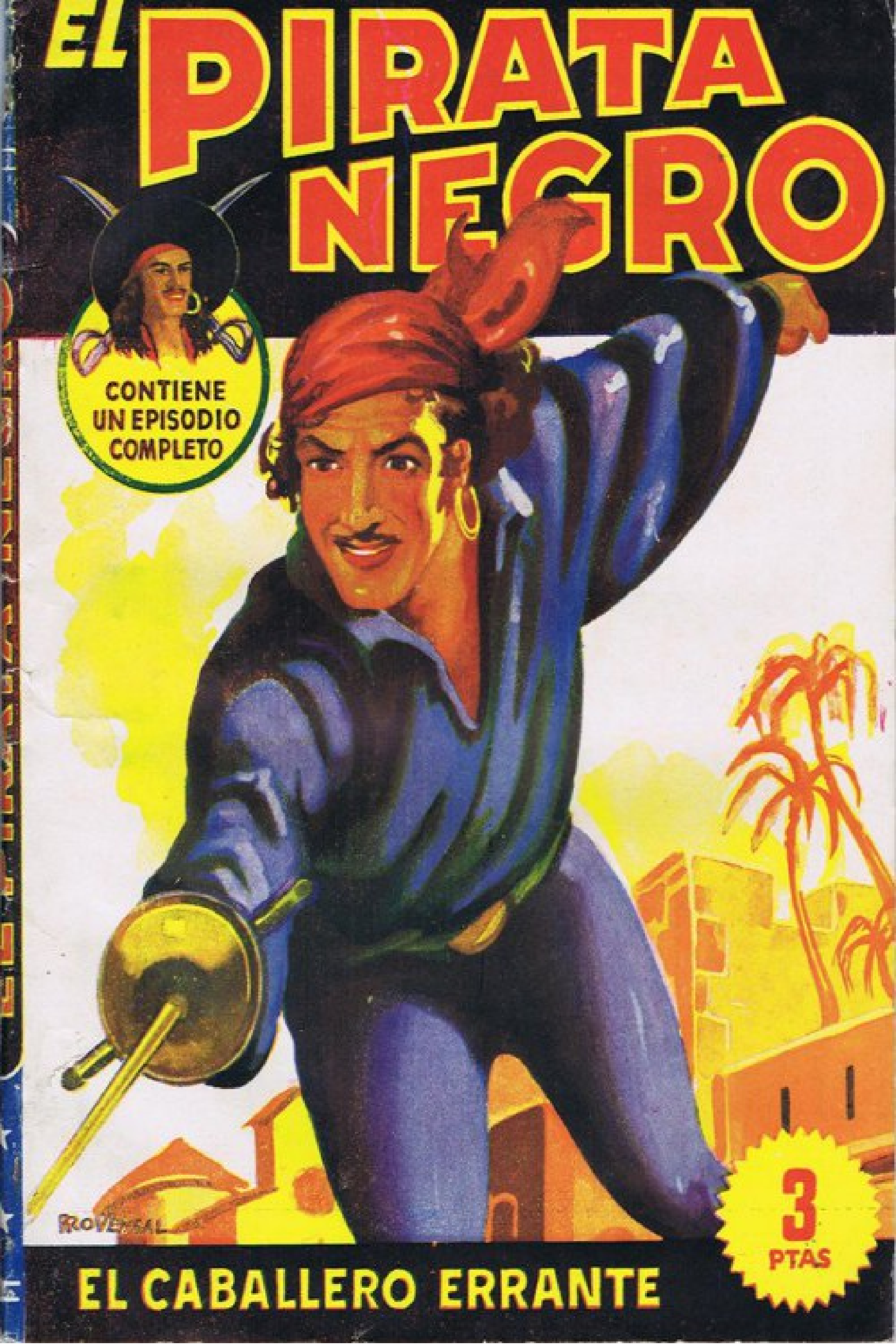
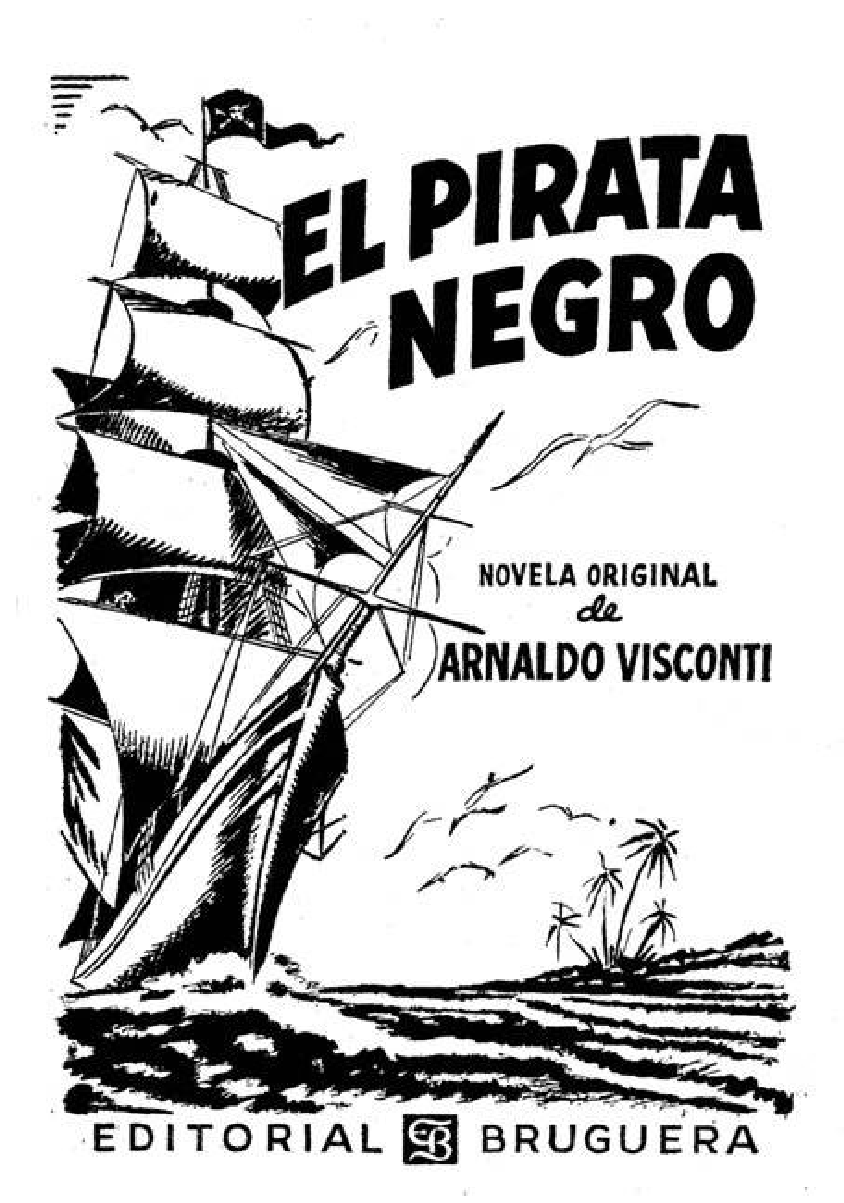


EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
EL CABALLERO ERRANTE


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El caballero errante

Colección El Pirata Negro n.° 31

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


El
CABALLERO
ERRANTE

PRIMERA PARTE

EL SOLITARIO DE LA ISLA DE FUEGO

CAPÍTULO PRIMERO

Tres hombres luchan con la muerte

El velero “Aquilón”, enfilaba su proa hacia la cercana isla de Lanzarote. Navegaba a toda vela, favorecido por la nítida y encalmada superficie y la suave brisa que hinchaba sin violencia sus lonas.

El Pirata Negro paseaba meditativo por el puente de mando. Tenía impaciencia por ver a su hijo, y, a la vez, por más que se esforzaba, no podía creer en las acusaciones que contra Diego Lucientes habían verificado en La Palma el Caballero Alfonso Gálvez y el contramaestre bretón Mael. No vacilaba en calificar mentalmente de alocado e inconstante al madrileño, pero también lo consideraba netamente incapaz de emplear tal veneno contra nadie ni desposar por la fuerza a una mujer desamparada.

Suponía que alguna explicación natural debía haber en la actitud del pelirrojo madrileño...

.Los recortados perfiles volcánicos de la isla de Lanzarote tenían una majestuosidad impresionante, que aumentó en intensidad al anclar el velero en el estrecho paso que se abría entre dos altos acantilados próximos a la población de Arrecife.

Desembarcaron el Pirata Negro y sus dos lugartenientes, y poco después eran objeto de mal disimulada expectación por los pescadores que en la playa remendaban redes, ayudándose hábilmente con los dedos de sus pies desnudos que tensaban los cordajes.

—Buenos días tengáis, hombres de mar—saludó el Pirata Negro.

—Buenos os lo deseamos, señor— replicó uno de los pescadores, en cuyo rostro una barba en collar destacaba en blancura por contraste con su bronceada piel.

—¿Podéis informarme de la residencia de una señora llamada

Rosa Hoyos, que procede de familia palmeña?,

—Hoyos... Hoyos...—repitió el anciano, parpadeando en esfuerzo de memoria—. ¿En qué barco vinieron?

—Seguramente en bergantín cuyo capitán era un caballero de alta estatura, pelirrojo y manco del antebrazo izquierdo.

El anciano cabeceó fuertemente.

—Recuerdo, señor. Vinieron hace cosa de un mes. Yo... tengo mala memoria—y el viejo deslizó una mirada especial hacia el Pirata Negro—. ¿Podéis decirme quién sois?

—Carlos Lezama.

—¿Vuestro hijo era un mozo fuerte y con mucha energía, que gustaba de jugar con velas y aparejos?

—Sí—replicó impaciente el Pirata Negro—. Decidme ya, y excusad mi ansia. ¿Dónde está?

El anciano pescador agachó la cabeza. y señaló con la mano hacia un sendero a su izquierda.

—Tomad aquel vericueto, señor. Seguid por él... y os informarán mejor que yo... Buenos días tengáis.

Encogiéndose de hombros, el Pirata Negro replicó al saludo de despedida, y seguido por sus dos lugartenientes, atravesó en su ancho la playa soleada, hasta entrar en el estrecho sendero arenoso que a través de la vegetación parecía conducir hacia la capital.

—Extraño proceder el del viejo— comentó en voz alta—. Será chochez de senilidad.

Una mujer avanzaba por el sendero en sentido contrario al que llevaban los tres hombres. Llevaba sobre la cabeza, en equilibrio prodigioso, una voluminosa jarra 7 apoyaba en su cadera un fardo pesado.

—Buenos días—saludó el Pirata Negro, destocándose—. ¿Por azar, señora, podéis informarme de dónde reside una familia llamada Hoyos? Soy el capitán Lezama, Carlos Lezama.

—¿Carlos Lezama? — musitó ella, como si el nombre le causara pavor.

Y apretó el paso, alejándose presurosa.

El Pirata Negro frunció el ceño, mirando a sus dos lugartenientes con indicio de mal talante.

—Hay mucho sol en esta isla. Sufrirán sus habitantes de insolación, porque me hacen el efecto de una manada dé locos

pacíficos.

Siguieron andando. En un recodo, el sendero se estrechaba...

De pronto, el Pirata Negro se detuvo contemplando un rudimentario túmulo formado por un montón de tierra roja sobre el que se enclavaba una cruz tosca en la que había trazados signos en negro.

Un rugido escalofriante escapóse del pecho de Carlos Lezama, quo, dando un traspiés, abalanzóse para caer tendido cuan largo era, abrazado al montón de tierra.

Estupefactos, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, avanzaron hasta quedar en pie tras él, sin saber qué hacer ni decir.

El andaluz engarfió la diestra clavándosela en los labios para contener el grito que pugnaba por escapar,—» de su garganta...

Tanto él como “Cien Chirlos” cent-prendían ahora el motivo de la extraña actitud de los isleños al ser preguntados.

En el ancho madero horizontal dé la cruz se leía escrito en letra clara:

CARLOS LEZAMA.

Muerto el 10 de abril de 1710.

A la temprana edad de siete años. Dios acoja su alma inocente.

“Cien Chirlos” cayó de rodillas y en el estrecho sendero sólo se oyó el jadear de un hombre tendido sobre un túmulo de tierra roja y los sordos sollozos que tras él contorsionaban grotescamente los rostros de dos piratas arrodillados...

La exuberante magnificencia del bosque en que se abría el sendero, con su estático silencio, —.sólo interrumpido de vez en cuando por el tenue piar de algún pájaro, aumentaba la impresionante grandeza de la escena dolorosa en la que tres hombres, rebeldes a toda pena e insensibles a todo golpe, lloraban atora con mucha y sombría contorsión henchida de colmada desesperación infinita.

La Isla del Fuego, dónde antaño reinó el caos de una destrucción producida por un estallido volcánico, era ahora escenario de una desolación sin igual que apuñalaba con salvaje intensidad el alma de tres hombres...

Pasaron minutos-siglos, que por su acerba y punzante agonía semejaron tener dimensión inagotable.

Incorporóse el Pirata Negro, quedando unos instantes

arrodillado. Púsose lentamente en pie, mirando con ojos extraviados la cruz...

Su diestra fue descendiendo hasta posarse en la culata de su pistola. La extrajo, y con sombría decisión fue levantando el bruñido cañón hasta que su negra boca apuntó hacia su sien.

Netamente perceptible su intención de dar fin a su vida, dirigió una última mirada hacia la tumba donde reposaba su hijo. Sólo entonces dióse cuenta que en la base de la cruz había una orla formada por una corona de flores multicolor. Plores recientes, frescamente cortadas...

Apoyó el cañón en su sien... y con gritos incoherentes dos hombres que le habían estado acechando mudos de pavor, se abalanzaron hacia él, colgándose de su— brazo derecho.

El índice presionó el gatillo, pero el pistoletazo perdiese en lo alto. Con furia desencadenada, el Pirata Negro dirigió una mirada de cólera sin igual a los que osaban interponerse en la decisión que había tomado.

Los rostros de los dos piratas reflejaban una diversidad de sentimiento* dispares. Desesperación, dolor, súplica...

El puno izquierdo del Pirata Negro golpeó sañudamente la faz de "Piernas Largas". Levantó la pistola sin carga, asestando un culatazo en la frente de "Cien Chirlos"..,

Los dos golpes habían sido tan rudos que los dos piratas, duchos sin embargo en toda lucha y en encajar golpes contundentes, cayeron arrodillados, apoyando ambas manos en el suelo, para intentar recuperar el dominio de sus cerebros anublados por la reciedumbre del choque...

Cargó de nuevo el Pirata Negro su pistola, cebándola, y colocando el gatillo en amartillamiento.

"Piernas Largas" y "Cien Chirlos" oyeron perfectamente el ruido del gatillo al retroceder. Como impulsados por un mismo resorte, de nuevo se abalanzaron, dispuestos a morir antes que presenciar la muerte del que era su ídolo y su única razón de vivir...

Una lucha descomunal trabóse entre dos forzudos que dominaban todos los recursos y ardides de las peores tretas combativas y un hombre de fibrosa contextura muscular atlética, que imponía a sus golpes una elasticidad y eficiencia comparable a la de los zarpazos de una fiera acorralada por la más íntima

desesperación.

Los esfuerzos de sus dos lugartenientes se vieron coronados —en un punto por el éxito. Lograron que la pistola se descargase de nuevo en la atmósfera, y que el puñal y la espada cayeran lejos del alcance de las manos del Piraba Negro.

En todo el Caribe se habían hecho famosas la robustez del cráneo de “Cien Chirlos” y la pródiga abundancia en recursos traidores de “Piernas Largas”; pero el combate hizose agotador entre el hombre que golpeaba inexorablemente y los dos piratas, que trataban en vano de derribar n su contrincante...

“Piernas Largas”, tumefacto el rostro y dolorido el torso, recibió un rodillazo en la mandíbula que le proyectó a tres pasos de distancia, para tumbarlo de espaldas, sin sentido...

“Cien Chirlos” inclinó la cabeza, y en su nuca, el doble contacto de dos manos entrelazadas formando un puño voluminoso, le hizo caer de bruces como un toro apuntillado...

El Pirata Negro se tambaleó unos instantes, por el sobrehumano esfuerzo de aquella lucha titánica... Contempló a sus dos lugartenientes inmóviles, cuyos rostros ensangrentados manchaban la arena del sendero.

Dirigióse hacia donde había caído su pistola... Miró hacia atrás, y con un grito salvaje de ira propinó un puntapié a la pistola.

Corriendo como si repentinamente hubiera perdido el seso, se internó en el bosque, donde a los pocos pasos cayó extenuado junto al tronco dé un árbol y encima de un tapiz natural de verde hierba musgosa...

Tendióse, apoyando la trente, que parecíale iba a estallar, encima de sus brazos doblados, y su boca mordió cruelmente su bíceps derecho...

Fue “Cien Chirlos” el primero en recuperarse. Palpó su torso dolorido, movió el cuello con cautela, y comprobando, que no tenía ningún hueso roto, se puso en pie, limpiándose con el faldón de su camisa la sangre que resbalaba de sus cejas partidas y de su frente.

Miró a su alrededor, angustiado, y al divisar la figura del Pirata Negro, tendido pero con vida, sintióse en parte consolado. Dio con el pie en el costado del andaluz, y repitió por varias veces la orden, hasta que trabajosamente “Piernas Largas” sentóse en el suelo, mirándose con estupor las manos desolladas.

—No se ha matado—susurró “Cien Chirlos”, señalándole el lugar donde se hallaba el Pirata Negro.

—Esconde las armas. Las suyas y las nuestras—dijo “Piernas Largas”, quitándose pistola, espada y daga y tendiéndolas a “Cien Chirlos”.

Mientras el lugarteniente llevaba todas las armas tras un matorral, “Piernas Largas” se puso en pie, sosteniéndose la mandíbula con la palma de la mano.

Movió los labios, molesto, hasta que logró escupir los dos dientes que se habían clavado en uno de sus labios. Con los dedos escarbó dentro de su boca, tanteando la solidez de sus renegridos y sucios dientes. Extrajo otros dos, y ya libre su boca de estorbos, dedicóse a acariciar melancólicamente el lado izquierdo de su rostro, que iba hinchándose paulatinamente.

—Cuando haya descansado—musitó, al volver, “Cien Chirlos”—, nos pegará de nuevo, porque tuvimos la insolencia de atrevernos a ponerle las manos encima.

—Que nos mate... ¡con tal de que no se mate! — rogó fervorosamente “Cien Chirlos”.

“Piernas Largas”, desde donde estaba, divisó algo que le llamó la atención. Tras el madero vertical de la cruz había una caja de hierro claveteada en ella.

Sobre la plancha, pintado en caracteres rojos, leíase:

“Para el capitán Lezama.”

—Díselo, “Cien Chirlos”. Dile que hay algo para él...

El pirata de rostro corcusido y ahora tumefacto y horrendo a la vista, asintió.

Se disponía a echar a andar, cuando “Piernas Largas” le palmoteó con tristeza el hombro:

—Adiós, carota fea. Fuiste un buen bruto... y a mi modo, te quise.

—También yo te aprecié—despidióse “Cien Chirlos”.

Era la primera vez en su vida que decía una frase amable...

Acercóse, decidido, al lugar donde yacía boca abajo el Pirata Negro. Dejóse caer de rodillas junto a él, cruzadas las manos encima de sus muslos, y dispuesto a recibir la muerte...

—Señor: tras la cruz hay una caja que encierra un mensaje para ti.

El Pirata Negro no tocó el suelo… Su cuerpo Distendióse como un muelle y saltó en pie, alzados los dos puños hacia la inclinada cabeza de su lugarteniente, arrodillado.

Retrocedió una pierna para asestar un. mortal puntapié al corazón del que le había sido fiel…

Y de pronto, como cuando en los momentos más trágicos, una imagen risible invade el cerebro, presentóse en la mente del Pirata Negro el recuerdo de un perro salvaje que domesticó siendo adolescente.

Un perrazo temido por todos… y que de su mano cogía con delicadeza los tasajos de carne.

Volvió la espalda y dirigióse hacia la tumba de su hijo.

"Piernas Largas" se ocultaba tras un matorral, y desde allí vio como el Pirata Negro levantaba la cubierta que cubría la parte superior de la cajá de hierro, extrayendo de su interior un sobre lacrado que, sin abrirlo, lo introdujo entre su camisa y la piel.

Carlos Lezama, con una última mirada al pequeño túmulo, internóse en el bosque, andando con largas zancadas nerviosas…

CAPITULO II

El lago encantado

A unas veinte leguas de Arrecife de Lanzarote, el bosque sé aclaraba en terrazas de arboleda, por entre las que el Pirata Negro iba avanzando, sin rumbo, con gestos de ciego que tantea el espacio.

Y como un ciego penetró por una abertura que daba entrada a una gruta.

Era una sorprendente caverna natural que debió tener su origen en el hundimiento o desplome de costras lávicas pertenecientes a un gran túnel, a través de cuyo fondo de lava penetraban las aguas marinas, formando un bellísimo y tranquilo lago.

Entró en ella el Pirata Negro, dejándose caer en su fresco suelo, invisible a la belleza del espectáculo.

Era una, caverna de unos veinte metros de ancho, por otros tantos de altura y unos sesenta de largo. Los naturales del país la llamaban el Jameo del Agua.

Las aguas transparentes y tranquilas de su laguna permitían percibir en el fondo los revueltos lastrones lávicos, más o menos perceptibles según las mareas, cuyo flujo y reflujo transmitíase al lago, bajando o subiendo su superficie.

El Jameo del Agua era una maravilla sin igual. Iluminada por una luz amortiguada y tenue que entraba por dos grandes y opuestas bocanas, esta luz formaba un indescriptible y alucinador contraste con el haz de rayos solares que penetraban por una estrecha claraboya natural existente en el centro de la bóveda.

Aquella mezcla de luces daba al conjunto interior» una fantástica variedad de multicolores matices y una sensación tan extraña de algo sobrenatural, que para un visitante en completa posesión de sus sentidos, el Jameo del Agua producía el

desconcierto de no saber explicarse si se encontraba en un recinto de encantamiento o era verdaderamente una caprichosa concepción de la Naturaleza.

Pero el Pirata Negro era insensible a todo cuanto le rodeaba y permanecía sentado, extático, engarfiada su diestra sobre el pecho…

Próximos a las orillas de aquel apacible remanso del estanque habitaban unos minúsculos crustáceos blanquecinos, que pululaban en gran cantidad.

La bóveda ofrecía en lo más alto un curioso espectáculo. Un enorme bloque de lava denotaba, por su forma y dimensiones, que en tiempos remotos, se hallaba adosado a lastrada, cerrándola a modo de tapón y que sin duda alguna, a causa de una violentísima explosión fue lanzado al aire, quedando empotrado en la bóveda.

El Jameo del Agua parecía un gigantesco diamante de infinitos tonos de lúa.

Era una bellísima laguna encantada, donde el agua en incesantes cambios de tonalidades, rielaba la luz que cenitalmente caía sobre ellas, hasta llegar al fondo en destellos vivísimos y brillantes.

El techo de la caverna reflejaba todo el majestuoso panorama y el sinfín de matices y enrevesados kaleidoscopios de coloridos combinados que jamás pudiera soñar la más calenturienta imaginación de un artista.

Diseminadas aquí y acullá por las orillas habían grandes rocas que semejaban centinelas inmóviles:..

El Pirata Negro extrajo de su seno el sobre lacrado, que rompió. Era una carta firmada por “Rosa Lucientes de Hoyos”.

> “Arrecife de Lanzarote, a 11 de abril de 1710.
>
> Señor Carlos Lezama:
>
> No tengo valor para aguardar vuestro regreso. Mi marido Diego confióme el cuidado de vuestro hijo… Temo verme ante un enojo justo, y no podría resistir la tristeza de quien fue mi salvador, y al que tan mal he pagado.
>
> Os tengo que relatar todo lo sucedido desde que vos me saludasteis por última vez en el puerto de Cádiz. En el bergantín, Diego mostróse el más atento caballero, sin que me concediera otras atenciones que las propias de un capitán de barco, hacia un invitado.

A bordo iba también un rescatado, un nórdico. Cuando arribamos a La Palma, supimos que el día anterior había cesado de existir mi prometido, el adelantado Antonio Lecuona, que murió de fiebres.

E1 cautivo nórdico, al parecer rescatado, no era más que un espía pirata que planeó con su hermano Algud, vikingo poseedor de un buque, la toma de La Palma. Fracasaron en su intento gracias a la heroica defensa de Diego y su tercio de ¡I ventureros.

Resultó Diego con una herida en la frente, de la que estuvo grave. Le cuidé, y le confesé mi enamoramiento. Nos casamos, aunque él me advirtió que si fuera sensata no debía casarme con él, sino con uno de mis pretendientes, el caballero Alfonso Gálvez, hijo del alcalde.

Me aseguraba Diego que él no me haría feliz, porque su carácter inquieto le impulsaría a abandonarme, porque no. era hombre que se resignase a ser feliz. Me advirtió que además, deseaba salir en vuestra busca, para vengar vuestra muerte si tal sucediera, o dar con vos.

Tuvo un duelo con Alfonso Gálvez porque éste me calumniaba. También expulsó de su barco, tras hacerlo azotar, a un contramaestre llamado Mael, porque éste pretendía que él había envenenado a mi prometido, siendo, como es un hecho sabido por todos, que éste murió antes de nuestra llegada, y de fiebres naturales, asistido por su propio médico.

Me recomendó continuamente amar por igual a Gaby y a Carlos. Lo hice, y vuestro hijo me quería... Se fue Diego, dejándome carta en que me anunciaba que iba en vuestra busca porque erais su único amigo.

Le lloré... La noche de su partida, un pescador me trajo carta de vuestro hijo. Éste anunciaba que se había hecho a la mar en una lancha para ir al África, porque no quería ya esperar por más tiempo el veros.

Una galerna... Tres días después, a la encalmada, el mar arrojó la lancha destrozada y el cuerpo do vuestro hijo.

Perdón, señor. Perdonadme... por lo mucho que he llorado y lloro. Siento la pérdida de vuestro hijo como si fuera fruto de mis entrañas. No puedo resistir el permanecer en esta isla ni volver a mi isla natal...

Ha pasado un “brick” francés que zarpa rumbo a Burdeos. Cumpliendo un deseo de Diego, iré al castillo de Civry, en la ciudad de Angulema.

De rodillas termino de escribir, suplicando no me odiéis. Perdón.

Rosa Lucientes de Hoyos.”

* * *

Por espacio de dos días, el Pirata Negro permaneció en el Jameo del Agua, sin probar alimento ni bebida, como si todo deseo vital se hubiera extinguido en él.

Al término de aquel tiempo, sintió necesidad de volver al lugar donde su hijo dormía su último sueño.

Atravesó la cueva y cerca de la entrada se detuvo unos instantes. Había una bandeja conteniendo carnes, frutas y frascos de vino.

Su fino oído tuvo tiempo de percibir el deslizar de pies desnudos. No necesitó salir para tener la certidumbre de que aquellos alimentos los habían traído sus dos lugartenientes.

Sombrío el rostro, del que ya la sonrisa había huido, comió sin embargo, y bebió. Después, atravesando el bosque, no miró hacia donde sus dos lugartenientes se hallaban.

En la base de la cruz de madera había de nuevo una corona de flores frescas... Sabedor de que no eran sus dos lugartenientes los autores de aquella ofrenda, instalóse tras un matorral, decidido a aclarar el enigma de aquella mística delicadeza, impropia de incultos pescadores.

Fue a la mañana siguiente, hacia las diez, cuando dos amazonas se detuvieron en el sendero.

Una de ellas, alta y delgada, de rubios cabellos y tez pálida, descabalgó y vino a quitar la corona para sustituirla por otra de flores recién cortadas. ,

La que estaba a caballo, morena y de pequeña estatura, recitó en voz alta:

—Concede, Señor, paz y quietud al atormentado espíritu del padre que perdió el amor sincero y puro de su hijo. Concede, Señor, calma al Solitario de la isla del Fuego...

Volvió la amazona rubia a montar y ambas se perdieron por el sendero, internándole los dos caballos en el bosque.

Poco después, al sentir el Pirata Negro un roce cauteloso por entre el ramaje, se incorporó.

Aparecieron en el sendero, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, que, indecisos y tras arrodillarse ante el túmulo, se pusieron firmes mirando a lo alto al aparecer ante ellos el Pirata Negro.

—Hola—saludó secamente el Pirata Negro.

Su voz sonaba metálica, sin diapasón, muerta... Así también era mortecina la apagada expresión de sus ojos...

Los dos lugartenientes abalanzáronse y cada uno de ellos asió un» mano del Pirata Negro, besándola con roncos gritos incoherentes.

—¡Nos perdonaste, señor! — gritó “Cien Chirlos”, reincorporándose.

—Gracias, señor, por ser generoso —dijo “Piernas Largas”.

El Pirata Negro, hosco, el semblante, murmuró:

—No os quiero ver rondar como almas en pena. Tampoco quiero ver el velero. Llevadlo al otro lado de la isla. ¡No os vayáis aún! No he terminado.

Los dos lugartenientes volvieron a cuadrarse, dando media vuelta.

—Dos damas vienen a depositar a diario flores. ¿Quiénes son y por qué lo hacen? Una es rubia y la otra morena. Visten ropa lujosa. Id a informaros. Volved a la cueva, donde llevaréis alimento y bebida cuando lo sepáis. Tú, “Cien Chirlos”, recoge de mi camarote la ropa negra que yo vestí cuando el “Aquilón” se hizo a la mar por vez primera.

Alejóse el Pirata Negro por el bosque, y sus dos lugartenientes, corriendo, atravesaron la playa.

—Nos perdonó—fue diciendo "Cien Chirlos”—. "Nos perdonó el atrevimiento imperdonable de ponerle las manos encima...

—No sonríe ya...



Alejóse el Pirata Negro por el bosque.

—Mucho sufre… Y nada podemos hacer.

—Por el instante, cumplir lo que ha ordenado. Llevaremos el velero a una bahía del sur, para que no lo vea. Pero tú y yo…

—… ¡rondaremos como almas en pena por donde “él” ande!

—Eso es desobedecerle.

—Nunca lo hice… Pero, ¡maldito sea yo! ¡ahora lo hago! Si no te gusta, dímelo.

Puños preparados, aguardó “Cien Chirlos” la respuesta. El dicharachero andaluz de lengua insolente, sonrió con melancolía…

—Ni ganas tengo de pelear contigo, carota fea. Hasta que él no se recupere… hasta que el “Aquilón” no vuelva a navegar… no podré pelear contigo para celebrarlo.

—¡Ojalá sea pronto! Día vendrá en que… ¡qué sé yo!… la música de las olas, el canto de alguna gaviota, algún barco al explotar, pólvora quemándose… ¡qué sé yo!…, lo que sea… le despierte. Y como siempre, hunda su pena en su corazón, sonría de nuevo… y oigamos su carcajada de desafío en el castillete de proa… ¡Y entonces te juro, andaluz, que mal rayo me parta y malos dengues te coman, si no me emborracho contigo!

—Trato hecho.

* * *

En el Jameo del Agua y en su entrada, sonaron unas toses que querían ser discretas y respetuosas, pero que la caverna centuplicó en ecos— sonoros.

Asustados, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, que acababan de depositar sendas bandejas encima de una roca, quedáronse petrificados.

El Pirata Negro se acercó a ellos.

—Bien—murmuró roncamente—. ¿Y quiénes son las dos damas que ofrendad flores a mi hijo? ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué piden paz para mi alma si 110 me conocen ni las conozco?

“Piernas Largas” tragó saliva y aclaróse la garganta con temerosa tosecita.

—Se llaman Juana Cristina y Luisa Martina. Hijas son de familia de Arrecife. Pregunté a varios pescadores, señor, y dicen que eran amigas de Bosa Hoyos, la que esposó con el señor Lucientes. Dijo una vieja, que ambas son señoritas de buen corazón, sentimentales y que sintieron mucha pena por la muerte de... ¡sintieron mucha pena! Que saben tu vida atormentada, y que por eso invocan que la sonrisa renazca en tu rostro.

—¿Por qué me llaman el “Solitario de la Isla del Fuego”?

—Esta isla, señor, estalló hace un siglo o así, por un volcán que reventó. Murieron cuantos había, menos unos pocos que huyeron en lanchas. Por eso la isla se llama del Fuego...

Y como los pescadores te ven andar sombrío por el bosque en las noches, y saben que de día te refugias en esta cueva, así te llaman, señor... Dicen que no quieren que lo sepan las dos señoritas, porque ellas vienen a veces a descansar en esta cueva y si supieran que tú estás aquí, no vendrían.

—¿Por qué?

—Habla tú, “Cien Chirlos”. Contesta—bisbiseó “Piernas Largas”—. Yo no tengo valor, señor, para contestarte.

—Hazlo, pues, tú, “Cien Chirlos”. Bien tuviste valor para pegarme coces, aunque tus cejas y tus costillas lo pagaron. Habla, guapetón.

El calificativo que solía emplear el Pirata Negro infundio valor al acobardado lugarteniente.

—Dicen esos borricos de pescadores, señor, que andas como un alma en pena. Que hay en todo tu cuerpo y en toda tu expresión la

imagen de un hombre que quiere matar a alguien…

—Si quiero matar a alguien, ¿por. qué entonces no advierten & Juana Cristina y Luisa Martina que no venganza esta cueva?

—Dicen que es preferible que vengan, porque… ellas podrán hacerte bien.

—¿A mí? ¿Cómo?

—Porque son buenas… y ¡tú no harás daño a quien no es malo!

—Así lo creo…

Fue desnudándose el Pirata Negro, cambiando sus ropas de mosquetero por la camisa de seda negra, el pantalón ceñido de negra piel, las botas del mismo color, y el cinto plateado —sobre piel negra; el conjunto formaba su vestidura del Caribe, que le había valido su apodo.

Anudó tras su nuca en prieto ligazón los dos extremos del pañuelo rojo, y colgó de su cuello la cadena de eslabones de oro rematada por redonda placa del mismo metal.

—¿El “Aquilón”?

—Anclado en bahía del sur, señor.

—¿Los bergantes?

—A bordo siempre y aguardando tu regreso, señor.

—¡Largaos!

Al quedarse solo, el Pirata Negro paseó meditativo por la orilla del lago. La visión de su ropa negra le evocaba su pasado, cuando, impetuoso y rebelde, enarboló pabellón pirata, negándose a acatar las leyes escritas y viviendo según su propia ley, dictada por su conciencia.

Agotado por tres días sin dormir, tendióse tras una roca, y el cuerpo cansado venció al espíritu atormentado, concediéndole reposo.

CAPITULO III

Las dos poetisas eruditas

Le despertó, sin concepto del tiempo que llevaba durmiendo, el rumor de dos voces femeninas.

—...y esta frase no me gusta, Juana Cristina.

—“Vacilantes, subyugadas, repetimos siempre, recordando el resonante fragor del mar”:—recitó otra vox femenina, en réplica.

—Más que “mar”, me gusta oleaje —rió la otra voz.

Asomóse cautelosamente el Pirata Negro por encima de la roca, y apercibió a las dos amazonas que, tendidas boca abajo sobre la fresca hierba, miraban un manuscrito en el que una de ellas iba escribiendo.

Durante varios minutos siguió escribiendo la morena, y al fin, leyó en voz alta la otra lo que había sido discutido por ambas:

—La maravillosa canción del misterio y del amor, atenazada en nuestra mente con la figura enloquecedora de la heroína del poema:

“Eres bella como el mar,
con su playa plateada,
con su espumosa oleada
y su incesante bramar...

Mujer hecha para amar
con ansia febril y loca,
para libar en tu boca
y en tus ojos abrasar...”

Y la contemplamos ante nosotras cuando cerramos los ojos. ¡Oh, poderosa imaginación! Y la vemos trepar por las veredas de tobas rojas, del golfo, con

“Su cabecita alocada
y con su risa embrujada
insondable como el mar...”

Rió la alta y rubia al terminar de leer.

—¡Si en casa supieran que somos poetisas!

—No presumas, Juana Cristina. No hacemos más que repetir poesías de un desconocido vate.

—Pero, ¿y los comentarios con que las adornamos? En fin, pasatiempo que a nadie perjudica...; pero si en Arrecife lo supieran, nos tildarían de cabezas a pájaros. Soñar, pensar en príncipes azules...

—Todo te lo dices tú misma —replicó Luisa Martina, levantándose y cogiendo una caja de ébano, en cuyo interior colocó el manuscrito y el tintero con su pluma—. Vámonos, que es hora de ir a merendar.

Al terminar de hablar, la amazona da mediana estatura y negros cabellos, rebosante de vitalidad su bien formado cuerpo, introdujo la cajita con su contenido en una hendidura de una roca.

Salieron de la cueva, y poco después oíanse los cascos do los caballos alejándose.

El Pirata Negro dio un rodeo tras la roca desde la que había contemplado la escena y oído el diálogo ingenuo. y acercóse a la hendidura.

Extrajo la cajita, que abrió, cogiendo el manuscrito...

—Dos poetisas eruditas—murmuró, sombrío el rostro—. Para ellas, el mundo no destila hiel... Pero dicen que son buenas. Perdonadas les sean sus puerilidades, porque la ingenuidad de las almas jóvenes es un consuelo.

Abrió el manuscrito, hojeándolo sin gran interés. Sentóse y empezó a leer, para apartarse de sus obsesionantes pensamientos dolorosos:

“Poema de la heroína y el pescador”

“Nadie ha de leernos, porque escribimos sin deseo de ser leídas. Pero quién sabe si algún día, cuando los siglos pasen, algún viajero curioso, hallará estas líneas... Si no es dichoso, consuélese pensando que otros hay que mucho sufrieron, tales como los héroes de este poema verídico, sucedido en Lanzarote ha un siglo o más...

Lanzarote... Figuraos el más extraordinario y extraño paisaje lunar. El panorama más caótico y salvaje que en conjunto la tierra y el mar pueden ofrecer a la extática contemplación.

E1 naturalista, el geógrafo, el artista, el poeta... jamás soñarían,

en sus búsquedas a través de caprichosos aspectos de la Naturaleza, con encontrar nada parecido. Todo es maravilloso, todo es poderosamente atractivo y encantador en esta isla de Lanzarote, la Isla del Fuego.

Un poeta, extasiado ante la prodigiosa contemplación de aquella lucha constante y titánica del mar bravío contra las capas tobáceas y las costras lávicas...

Un poeta, pasmado ante el poderoso chocar y rebramar contra la isla volcánica y cratérica, por entre las resquebrajaduras, bajo sus rocas, a través de sus mil aristas y encrucijadas, viendo desparramarse en inacabable forcejeo las fraccionadas e inmensas oleadas de cristalinas y espumosas aguas... noche y día, en inextinguible rencor, con interminable eco...

Un poeta, repetimos, mudo de asombro, quiso cantar algo de aquel espectáculo jamás concebido. Su lira arrancó sentidas estrofas... Aquel poeta no pudo escribir más. Enmudeció, convencido de la impotencia humana para describir cosa tan grande...

Sólo llegaron a nuestras manos, por azar bienaventurado, fragmentarios versos desparramados por los contornos de la isla, en casi ilegibles páginas de manoseado manuscrito, cuyas líneas fueron extinguiéndose en el transcurso de los años, como borradas por el supremo llanto de tantos ojos que las recorrieron, difuminadas por el dolor de la desesperación y de las desdichas de un pueblo que desapareció para siempre bajo el formidable aliento del titán de los elementos...

Hemos recogido emocionantes e incompletos relatos de labios temblorosos que los escucharon de sus ascendientes que sobrevivieron a la catástrofe, y los conservan como sagradas reliquias en sus memorias.

Y los entonan como fervorosos rezos en las soledades de sus horas calladas. Y allá en la santa inmensidad del paisaje, entre el estallido del Mar, los claros de sol, la bruma densa que, de vez en vez, lo obscurece, haciendo palidecer su soberbia majestad, en el horizonte sin límites de su reino, queda todavía, perdurará eternamente, el recuerdo de la epopeya rimada, en unión de la infernal sinfonía del Coloso, sempiterno Testigo del Estrago.”

Oigamos al poeta:

”La recuerda el alma mía;
jamás olvidaré la escena...

Sentada sobre la arena
del golfo, en la playa un día
recitaba la poesía.

Eres bella como el mar,
con su playa plateada,
con su espumosa oleada
y su incesante bramar...,

Mujer, hecha para amar,
con ansia febril y loca,
para libar en tu boca
y en tus ojos abrasar...”

Indudablemente, el vate se refería a alguna mujer amada, o beldad digna de aquellos maravillosos escenarios. No hemos podido sacar nada en claro sobre este particular. Ni la tradición lo cuenta, ni aquellos que la oyeran de sus antepasados y que nos la han repetido religiosamente, hacen mención de nombre, alguno que pudiera llevarnos al conocimiento del ser amado, vivo y real o fantasía enamorada, del autor de los versos.

Sin embargo, algo se desliza en los cánticos posteriores, llenos de vibrantes notas amorosas, apasionadas, de un lirismo naturalmente sencillo y evocador.

Se habla entre los pescadores de “un pescador”, ele “una cabaña”; que existieron en aquéllos lugares, que el volcán transformó, revolvió e hizo resurgir en las más enrevesadas fisonomías; se habla de “una joven heroína”, que “amó a un pescador adolescente”; de “vina tempestad impetuosa, acompañada de huracanes, temblores de tierras, que se sepultaron en los abismos del mar enfurecido y arrollador...

Continúan los versos:

”Y allí, a la orilla del lago,
cuyo encanto sólo altera
alguna canción costera
con su ritmo lento y vago...

Allí, entre amoroso halago,
a que el Amor les convida,

la bella a su amante asida,
y éste a su dueña abrazado,
danse un beso prolongado
y un "adiós" por despedida..."

Todo un poema de amor, de ternura, de espiritualidad... Descripción emotiva y preciosa de aquel sublime panorama, con su "lago encantado". Evocación de aquellos brujos paisajes, espectadores del asombro, que convidaron al casto beso de ingenua pasión prendido en almas libres como el aire y el sol que les acariciara tantas felices ocasiones, sencillas y virtuosas, sin más presencia que el Cielo.

Pero sigamos al poeta en su lírica exaltación:

"Ni vestigios han quedado
de aquella humilde vivienda,
que en un tiempo fue la hacienda
de un marino infortunado...

Todo quedó sepultado..."

Somos testigos póstumos de la desolación y del caos... Mas oíd el prodigio encerrado en las siguientes líneas:

"En una tarde apacible,
tardes bellas y dichosas
que en las Canarias hermosas
tienen encanto indecible...

Una tarde en que, impasible,
el marino distraído
escuchaba el débil ruido
de la playa y de la costa..."

¡Fatalidad! Aquí se pierde el verso, para reaparecer luego:

"Y la infantil pescadora
que tan cortos años cuenta
y en su bello rostro ostenta
expresión que enamora..."

Vuelve a perderse el verso, para surgir de nuevo, armonioso, descriptivo del embrujado escenario amoroso:

Después, con loca premura,
corriendo ansiosa,
atrevida y presurosa,
se dirige a la llanura.

De la mar en derechura,
deja tras sí la montaña
que el Lago Encantado baña;
aproximase a la orilla,
donde hincando la rodilla...”

¿Qué montaña y qué lago encantado son éstos? Es la Montaña del Golfo, que despierta admiración. Y el lago encantado es el que forma el cráter de la destruida montaña que el verso describe. Donde también hay la Playa Negra, de azabache, inigualable en belleza y atracción. Y venimos al Lago Encantado. El lago de la trágica leyenda lamiendo aún la destruida montaña, que la acción insaciable del monstruo elemento ha ido transformando paulatinamente en apacible laguna.

Allí permanece, a través de los siglos, circundada aún por el cascarón lávico y por las masas de tobas multicolores palagoníticas, con sus mantos irregulares de indescriptibles coloridos...

Es de justicia, que perdure eternamente el portentoso escenario de la más grandiosa epopeya de la Historia, que hará admirar a los mortales, venerándola como a diosa pagana, a una heroína que en los juveniles días de su menguada vida supo, en aras de su amor, desafiar a los más poderosos y destructores titanes de la Creación: Fuego, Tempestad, Mar, Viento... sobreponiéndose a todas sus furias reunidas en insaciable haz de Destrucción y de Muerte.

Sobre toda aquella horripilante Devastación, resurge de las cenizas como el Ave Fénix, la figura encantada del lago, dominando con el prodigio de su hazaña y de su belleza inmortal, todo el conjunto de Desolación y de Ruinas:

“Con su cabeza alocada
y con su risa embrujada
insondable como el mar...

Mas sigamos al poeta:
”¡Qué deliciosa locura,
qué doradas ilusiones
se forjan los corazones
en sus horas de ventura!...

Ya presente, ya futura,
la dicha con que se sueña,
de improviso se despeña...”

El vate presiente ya la catástrofe. Surge la desdicha… Oíd: sólo hay este trozo… emocionante, desolador:

”¡Ay, la niña, en los albores
de su alegre y corta vida,
cayó cual paloma herida,
en las garras del Destino!”…

¿Murió en los juveniles años la deidad que el poeta amó, o que el inspirado cantor adivinó en su loca fantasía? Así fue: realidad o fantasía, sucumbió la heroína. Oíd:

”Y aquella mujer divina,
en aras de su pasión,
veloz cual la exhalación
se dirige a la colina…”

¿Qué sucedió después? Aquí se pierde, lamentablemente el hilo del magistral “Poema del Mar y del Amor”… Después, sólo trozos enloquecedores de la Tragedia del Golfo, con sus volcanes…, Fuego, Devastación, Tempestades, Abismo.

”En tanto, de grado en grado,
la Tempestad acrecía,
fiero el Lebeche rugía
en la cumbre y en el prado.

El mar, desencadenado,
daba furiosos bramidos,
y en haz siniestro, reunidos
los más fieros elementos…”

Y después:

“Muchos barcos temerosos…
otros veloces, fogosos…
buscaron su sepultura
en el revuelto oleaje.”

Trágica desventura, enmudecida para siempre. Así lo describe el poeta, lleno de inmenso dolor:

”¡Venid, Siglos confundidos,
los de trágicos horrores.

Llegad los héroes reunidos,
con los Gigantes gloriosos
en mil lides victoriosos…

Llegad y mudos de espanto
al ver heroísmo tanto,
prosternaos silenciosos...”

Ello da idea de la sublimidad del momento, y de las proporciones de la Catástrofe. Pero ¿y la Bella Heroína, la Diosa del Poeta, la Inmortal Virgen venerada del Lago?

Hela aquí, dominadora, sobreponiéndose en su dolor a la descomunal lucha de los titanes del Desastre:

”Y corre desesperada
sobre las enhiestas peñas
desgarrándose en las breñas...

En la cumbre prominente
vióse la después alzarse
un instante arrodillarse
e inclinar al mar la frente...”

Pero aquí la narración, intensamente herida en lo más vivo, cual corresponde a la trágica sublimidad, se pierde difuminada por las lágrimas de generaciones. Los caracteres del manuscrito humedecido luciéronse ilegibles en el transcurso del dolor... languidecen, se esfuman de la vista...

Luego reaparece, pletórico de grandiosidad, como grandioso fue el hecho:

“Así, la niña, angustiada
ante los tristes despojos
y los apagados ojos
que marchitara la Helada,
vio su dicha terminada.

Lanzó un grito de ansia loca
y empinándose en la roca
enlazada al cuerpo inerte
con faz, boca con boca...
y poseída del heroísmo
que le diera el paroxismo
de un amor jamás soñado,
sepultóse con su amado
en el insondable abismo.

>

La Catástrofe adelanta
esparciendo ruina y muerte.
Los negruzcos nubarrones
lanzan lava a borbotones.

Sus encendidos carbones
dirigiéndose a la playa,
trocan en ígnea llanura
lo que antes era una altura
eminencia y atalaya."

Así terminan los versos en esta parte de la Épica Contienda. Salpicadas aquí y allá, leemos bellezas como éstas, refiriéndose a la ninfa, ya devorada por el monstruo:

"Ágil como la gacela,
brinca, corre por la arena;
suelta al viento su melena,
rauda como el viento vuela...

Trepa, baja, se desploma,
vuelve a trepar por la loma,
palpitante y ardorosa.

¡Ante su cuerpo de diosa,
no es pecado el pecar!"

Pensamos con tesón implacable, alucinante, en la gentil figura de la mujer prodigiosa que inmortalizara la magna epopeya. La bella heroína del Lago Encantado se nos reaparece en toda la magnificencia de mujer sublime, encarnación de la hermosura salvaje...

Y adivinamos su graciosa faz, mezcla de lo divino y de lo humano, en las tersas, cristalinas y misteriosas aguas de la charca que tantas veces adormecidas al conjuro de su presencia escucharan su femenina voz angelical, y reflejaron la majestuosa silueta grácil y flexible de su encantador cuerpecito de Venus impecable.

La vemos correr, sudorosa y palpitante, por las orillas humedecidas del charco diminuto, como grandioso testigo ideal de tantas venturas y sentimos sus amortiguados pasos al correr sobre la playa azabache, la Playa Negra.

Por último, perdemos su imagen gentil, envuelta en el misterio del Infortunio y de su siniestro sino, arrastrada y envuelta en el

estruendoso conjunto que sepultara el abismo sin límites, la fantástica lucha de los soberbios titanes.

Abandonando el lago y las ingentes lomas de tobas rojas, allá quedan los calcinados lastrones lávicos, las arenas filtradoras. Más allá, las fajas de grava, impasibles barreras de apocalípticas borrascas y de poderosas tormentas. El Cráter, desolado, avasalla el paisaje.

Las dantescas cuevas, galerías abiertas, depresiones informes, cavidades infernales, grisáceas o negruzcas... según los grados de la fusión ígnea que todo lo arrasara... Y dominando el conjunto, la atrayente playa de arenas negras, magnífica, portentosa, circundada por extensos mantos de blancas espumas.

A nuestra espalda van quedando todos aquellos escenarios siniestros, pero terriblemente espectaculares y hermosos, que vomitaran el torrente gigantesco de lavas, mares y huracanes sobre la corteza de la sufrida tierra de la Isla del Fuego...

Y siempre, cada vez más lejano pero bramando, el Titán embravecido, con sublime ferocidad tenaz, deja oír su ronca voz, mientras lanza por los contornos del Golfo sus blancas y espumosas alas marinas y desparramaba sus tentáculos azulados o de zafir, sobre las rocas, sobre las arenas azabache o multicolores de la playa, y se filtra en las calcinadas escorias.

E1 panorama, pintoresco y feroz, va desapareciendo de nuestra imaginación, al par que se extingue el eco en la lejanía. Proseguimos nuestro galopar, ansiosas de meditación y de soledad...

Vacilantes y subyugadas, repetimos siempre, recordando —el resonante fragor del oleaje, y a su interminable compás, la maravillosa canción, del Misterio y del Amor, atenazada en nuestra mente, la figura enloquecedora de la Heroína del Poema:

“Eres bella como el mar,
con su playa plateada,
con su espumosa oleada
y su incesante bramar.

Y la contemplamos ante nosotros cuando cerramos los ojos. ¡Oh, poderosa imaginación! Y la vemos trepar por las veredas de tobas rojas del

Golfo:

“Con su cabecita alocada

y con su risa embrujada
insondable como el mar.”

* * *

Colocó el Pirata Negro el manuscrito en su caja, ocultándola tal como estaba, en la hendidura de la roca.

—A ti mismo. Diego Lucientes, vergüenza te hubiese dado escribir estos versos ramplones — murmuré, sembrío el ceño—. Y no conoces la vergüenza.

CAPITULO IV

Incursión berberisca

Cuando, al día siguiente, los dos caballos se detuvieron ante la gruta, el Pirata Negro salió desde detrás de la roca, sombrío el rostro, anudado el rojo pañuelo; sus vestidos negros contribuían a darle un aspecto poco tranquilizador.

Lo inopinado de su aparición, dejó suspensas a ambas mujeres, que ya se encaminaban hacia su lugar favorito; retrocedieron entonces un paso, mirando con cierta desazón al hombre que, en pie y brazos cruzados, las examinaba en silencio.

Por fin, para romper el enojoso silencio, la más alta y de cabellos rubios, tras golpear nerviosamente sus faldas con la fusta que empuñaba, dijo con voz clara:

—Excusad si molestamos vuestra soledad, capitán Lezama. Me llamo Juana Cristina, y mi compañera, Luisa Martina:

Hizo una seca inclinación con la, cabeza el Pirata Negro, continuando en silencio, brazos cruzados.

—Si... os estorbamos, nos retiraremos—dijo Luisa Martina.

—Tengo entendido que son hijas de la isla. Por tanto, ella les pertenece. Poco inclinado tengo el talante a charlar, pero hay varios puntos que me gustaría aclarar, mis damas.

—Si en algo podemos serviros...

—¿Por qué razón colocáis flores en la tumba de quien os es por completo ajeno?

—¿Os referís.., al niño que murió en la tormenta?

—Sí. Me refiero a Carlos Lezama.

—Rosa le quería mucho. Él jugó con nosotras. Era muy cortés y nos ayudaba a subir a caballo tendiéndonos sus manos—emocionóse Juana Cristina, evocando la robusta figura del muchacho de fuerte voz—. Al irse Rosa a Francia con la niña,

decidimos que ningún día quedasen sin renovar las flores.

—Debería agradecer tal delicadeza, pero ni lo agradezco ni quiero más flores. ¿Me oyen bien, mis lindas damas? Él era mi hijo, y nadie más debe entremeterse.

—Como vos digáis—dijo resentida Luisa Martina—. Sin embargo, nosotras no creímos hacer ningún mal... Colocábamos siemprevivas y flores del monte, que son flores de esperanza...

—Sois muy inclinadas a sensibilidades que no admito, por lo que a Carlos Lezama respecta. Las flores que depositéis no me lo devolverán.

—Pero no podréis impedir que recemos por él...

—No necesita oraciones, porque murió inocente.

—Entonces... ¡rezaremos por vos!

—Tampoco preciso vuestras plegarias.

—Os daban fama de hombre galante, señor. Cuando menos, os creímos comedido y cortés.

Avanzó dos pasos el Pirata Negro, adusto el tiemblan le, hinchadas las venas de su frente...

Ellas, valientemente, aunque se estrecharon entre sí, quedáronse donde estaban.

—¡Ni necesito ni quiero compasiones! ¿Está claro, mis damas? Tenéis, por lo visto, caudales de bondades que no sabéis en qué emplear. Habrá por ahí pescadores sin un ochavo, menesterosos hambrientos de palabras cariñosas, oro y oraciones. ¡Dadles a ellos lo que mendigan!

—No podemos reprocharos, señor, que os sintáis poco propenso a amabilidades. Reiteramos nuestras excusas por haber invadido el sitio que elegisteis para permanecer a solas.

Hicieron ambas ademán de retirarse. El Pirata Negro señaló con la diestra hacia la hendidura de la roca. —No podréis negar que demostró

—Vuestro manuscrito echará de menos algunas líneas, mis damas.

—¿Lo leísteis?—musitó Luisa Martina.

—Tuve tal desdicha. Hay momentos en que sería preferible ser analfabeto y no saber leer.

—Roza la grosería vuestra frase, señor—reprochó Juana Cristina.

—No la roza, sino que la sobrepasa. Mi temple no está para minués y galanterías.

—No vinimos a buscarlas. Sin embargo, esperábamos que al menos fueseis hombre galante. Los oficiales del «ejército siempre saben ser correctos ante la mujer.

—Dos mentiras.

—¿Qué mentiras? —engallóse Juana Cristina.

—La primera mentira es que yo sea oficial de ningún ejército. La segunda, que éstos sean galantes por oficio y profesión.

—¿Vos no sois el capitán Lezama?

—Capitán soy porque mando en buque velero. Pero así como cobré odio a cuanto significara sujeción a leyes escritas, también odio a cuanto me recuerde que el Paraíso lo estropeó la primera mujer con su llegada.

—Curiosa afirmación. ¿Pretendéis un universo sin mujeres?

—Muchas son para irlas suprimiendo. Pero sin ellas, muchos quebraderos de cabeza se evitarían. Charla ésta insulsa, en la que me zambullo para no pensar en otras cosas. Decidme, mis damas, ya que tenéis ciertos barruntos de erudición: ¿cómo diablos habéis podido emocionaros leyendo poesías de un ramplón trovador que llama epopeya a lo que es un incidente sin importancia?

—¿Llamáis incidente sin importancia a la destrucción total de la isla, a la muerte de sus moradores, y al trágico final de —los dos amantes?

—Un trágico final que no veo por ninguna parte. Ella lo halló muerto, se abrazó a él, y se echó al agua.

—No podréis negar que demostró que su amor no podía sobrevivir...

—Nada demostró. La isla estaba siendo barrida por el volcán ayudado por el mar. Ella no podía sobrevivir... Por eso eligió el cadáver de su amado para hundirse más pronto, por el doble peso. Tened por seguro que si hubiese brillado el sol, y, las aguas hubiesen estado calmosas, la ingenua pescadora habría llorado un poquito, se habría despeinado, y al día siguiente con mucha unción habría arreglado sus bucles, habría sonreído al sol, y habría continuado vendo de loma en loma en busca de otro pescador.

—¡Es de un deleznable cinismo eso que afirmáis! ¡Sois insensible a la poesía y al amor!

—Poco entendéis mi propósito, mis; damas. Persisto en afirmar que este poema y vuestros ingenuos comentarios son de una candidez rayana en el delirio del Limbo. Pero si machaco en la fragilidad de todo amor, es porque es pócima preventiva contra los males de la ilusión. Y ¡voto al diablo, mucha charla es ésta ya! Por mí podéis iros o quedaros, según se os antoje. Tal como este lago, seréis una —porción más de la insensible Naturaleza. Seguid vuestro fácil camino...

—Para ello no necesitamos vuestra autorización, mi señor—arguyó Luisa Martina, altivamente, sacudiendo sus negros cabellos —. Compadecemos el dolor vuestro, pero teníamos derecho a suponer que un hombre como vos sabría siempre recordar que más valiente y más hombre es el que si no sabe sonreír, al menos sabe ser galante y cortés.

—¡Que os parta un rayo!—dijo el Pirata Negro a media voz, volviendo la espalda.

Iba Juana Cristina a replicar, en apoyo y defensa de su amiga, cuando un horrísono estrépito conmovió hasta sus cimientos la gruta.

Parecía como si un volcán acabase de estallar...

De la bóveda se desprendió la roca, cayendo con fragoroso estruendo en el lago y levantando oleaje y penachos de espuma...

Las dos mujeres, horrorizadas, ensordecidas por el ruido, que iba en aumento, se abrazaron angustiadas.

—¡Ahí tenéis ocasión para seguir rellenando el manuscrito!—gritó el Pirata Negro.

—¡Un terremoto! — gritó Juana Cristina.

—¡El volcán!—gimió Luisa Martina.

—¿Estamos jugando a las adivinanzas, mis damas? Si queréis saber lo que es, asomaos al exterior en vez de estar abrazadas y chillando como cotorras. Ni es volcán ni es terremoto... Es simplemente la artillería de varios barcos que está disparando por andanadas...

Las dos corrieron hacia la puerta, y poco después oíase el galope de sus caballos.

Dirigióse el Pirata Negro lentamente hacia el umbral dé la gruta. Apoyóse contra la roca, y presenció lo que estaba ocurriendo.

Tres bajeles de velamen turco se abrían en triángulo de

acometida, y en sus cubiertas movíanse artilleros enturbanados, dirigiendo sus piezas contra la capital.

Sin guarnición ni defensa, Arrecife de Lanzarote era una presa segura en manos de los piratas bereberes...

Vio el Pirata Negro cómo se derrumbaban las primeras casas de la playa y percibió las correrías alocadas de los moradores de la ciudad, que huían hacia la montaña.

Encogiéndose de hombros, volvió a entrar en la gruta, tendiéndose boca arriba y entrelazando las manos bajo su nuca.

Cruzó una pierna sobre su otra doblada... En la gruta, el eco ampliaba bis explosiones de los proyectiles.

Ladeó la cabeza el Pirata Negro, sin variar de postura, cuando en la gruta vio entrar a dos hombres: eran “Piernas Largas” y “Cien Chirlos”.

—¡Incursión berberisca, señor!— exclamó el andaluz.

—Bien; ¿Y a mí qué? ¿Y a vosotros qué, par de borricos? Lo esencial es que mi velero esté a buen recaudo, ¿no?

—Los bereberes no pueden verlo, señor, porque está al otro lado de la isla, como ordenaste—explicó “Cien Chirlos”.

—¿Y vosotros por qué estáis aquí?

—Verás, señor... — masculló “Cien Chirlos”—. Por tierra, el velero dista tan sólo leguas, y... andamos para estirar las piernas.

—Ganas tengo de estirar una de las mías, so bruto. ¿No os dije que no os quería ver rondar por mi vera? Ahuecad, y dejad que los bereberes arrasen cuanto encuentren.

Desaparecieron los dos hombres a toda prisa. Y volvió el Pirata Negro a quedar en su posición indolente. No varió en ella cuando montadas a caballo hicieron su aparición en la gruta las dos amazonas, que detuvieron sus monturas auto el Pirata Negro.

Ambas dejaban traslucir en sus rostros un intenso pavor...

—Mal refugio habéis buscado, mis damas. Los bereberes también entrarán aquí. No contéis conmigo para oponerme al alfanje que ha de segar vuestros cuellos. ¿No llorabais sobra el Caos? Ocasión se os presenta para de llorar con más realidad.

—¡Por favor, capitán Lezama! Vos tenéis un barco y hombres... ¡Defendednos!

—¿A vuesas mercedes? Bellas sois, pero por esa misma razón los bereberes harán una buena obra quitándoos de en medio.

—No venimos a suplicar por nosotras—dijo Luisa Martina, descendiendo del caballo—. Venimos para rogaros intercedáis por los pobres y aterrados pescadores.

—Un día u otro hubiesen muerto en galeras. Vegetaban en vida triste y pobre. Paz a sus huesos.

—Por ellas. Todas las mujeres de Arrecife.

—Cuantos menos queden, mejor andará el mundo.

—Por... ¡los niños!

—Mi hijo murió. ¿Qué se me importan los demás?

—¡Vos sois oficial!... ¡Sois hombre de pundonor!

—Ni soy oficial ni presumo de pundonor. Ésos—y el Pirata Negro quitó una mano de debajo su cabeza para señalar hacia el exterior—, ésos que van a hacerle la competencia al volcán, son hermanos míos de profesión.

—¿Qué queréis decir?

—No es que yo sea hijo del Islam, sino que soy cofrade de armas con ellos. Pirata, queridas niñas... ¿Os dais cuenta ahora de que sois levemente imprudentes?

—¡No puede ser!

—Es. Me apodaron el Pirata Negro... y ¡por no dejarme ser capitán Lezama a secas, murió mi prometida, y murió mi hijo! Conque, abur, niñas. Admitidme un consejo: en cierto modo me revienta vuestra ignorancia de las costumbres piratas. Tengo cierta benevolencia hacia vosotras, y os la he demostrado soportando vuestras charlas insulsas. Quiero daros un consejo de amigo.

—¡Decid!

—Cortaos vosotras mismas el cuello. Os evitaréis cosas peores.

—¡Vámonos, Juana! Vámonos, antes que con mis propias manos estrangúlelo a ese pirata que no merece ser español.

—¡Sois odioso, pirata! Y digo lo mismo que mi amiga.

De un salto, púsose en pie el Pirata Negro. La elasticidad con que interceptó la salida a las dos mujeres, hizo que éstas prorrumpieran en un grito de alarma, pero sin demostrar espanto, sino altivez y valentía.

—¿Pretendes asustarnos, pirata?

—Así me gustáis, mis damas. Bravas y arrogantes. Insultando y provocando. Más me complacéis así, que bondadosas y suplicantes... Pero, ¡voto al diablo! ¡Ya está bien! ¿Qué vinisteis a buscar?

—Ayuda, pero...

—Son tres bajeles, con una tripulación de unos trescientos hombres en total. Yo tengo un velero y cuarenta bribones. Nada puedo ni quiero hacer. Además, a estas horas ya todos los moradores de Arrecife estarán pasados a cuchillo los viejos e inservibles, y apresados los jóvenes y las mujeres.

—¿Y los niños?

—Los degüellan. Son bocas inútiles. Conque seguid mi consejo. Buscad un arma y ayudaos mutuamente a evitaros en vida la cercanía de los bereberes.

—Todos los moradores están ocultos en sitio donde no pueden penetrar los piratas bereberes. ¡En la Cueva de los Verdes!

—¿Quién les impedirá entrar en esa cueva?

—Sólo tiene una entrada conocida y por ella nadie puede pasar si sólo varios mosquetes guardan la entrada. Y hay cañones, y víveres, porque en otra ocasión los moradores prefirieron morir en la cueva a entregarse. Y perecieron de hambre, pero los piratas no tuvieron el resultado que de su correría esperaban. Ha habido ya varias incursiones. Una, la del Kedive de Fez, y las de los corsarios argelinos Amurat y el Arráez Ja-ván.

—¿Y qué ocurrió?

—En la primera, por no tener defensa la entrada de la cueva, cogieron prisioneros, cuyo rescate arruinó a las principales familias de Arrecife. En la segunda, por carencia de víveres, sucumbieron al hambre.

—Torpes fuisteis, mis damas. Debisteis seguir la suerte se vuestro conciudadanos. Ahora ya no podréis entrar porque bloquearán la entrada los bereberes. Han cesado de disparar sus cañones, lo cual demuestra que han tocado tierra.

—¿Queréis venir con nosotras, señor?

—¿Ya no soy pirata? Bien; si me queréis de escolta hasta la cueva, allá vosotras. Comprenderéis que de nada os he de servir contra esta nube de turcos.

Señaló Luisa Martina su caballo, que el Pirata Negro cabalgó, tendiendo su mano para que ella montara en la silla delante de él.

—Condúcenos a la Puerta Falsa, Juana—dijo su amiga.

—¿La Puerta Falsa? ¿Qué es eso?

—Otra entrada desconocida para todos los que no sean de la

isla, porque está oculta por una depresión.

Juana Cristina puso al galope su caballo atravesando la maleza. Tras ella cabalgaba el Pirata Negro, sin perderla de vista, dado lo intrincado de la espesura.

—Esta caverna tiene tres mil metros de longitud—fue explicando Luisa Martina, mientras los caballos avanzaban con cierta dificultad por el bosque—. La Puerta Falsa está situada en las faldas del volcán de la Corona, ayunos tres kilómetros de la puerta principal.

—Si por ahí no asoman los bereberes, ¿para qué me necesitabais?

—Quiero que veáis el espectáculo...

—Harto estoy de ver cavernas...

—¿Con madres gimiendo y niños llorando, señor pirata? Poco conozco del mundo, pero tengo fe en que hay en vuestra alma caballerosidad y nobleza...

—¡Chitón, niña! Vuestra voz me disgusta, porque es dulce y agradable. Cerrad el piquito y procurad tan sólo que no os arañen los brezales del camino... si es que a esto puede llamársele camino.

Detuvo Juana Cristina su caballo, obligándole a descender por una rampa de declive pronunciado, y de pronto desapareció a la vista.

—El Foso Granate—explicó Luisa Martina—. Al término del descenso, el enramado oculta el foso que da entrada.

El caballo conducido por el Pirata Negro mostróse reacio a entrar en el foso, pero un seco taconazo le hizo avanzar. Retrocedió de nuevo; un puñetazo en los belfos le hizo relinchar, y encabritándose, se precipitó en el foso.

Amortiguó la caída el tupido suelo de hierbas y helechos. Era un foso cuadrado, una de cuyas paredes parecía ser un amasijo de lianas. Juana Cristina mantuvo apartadas las lianas mientras pasaba su amiga y el Pirata Negro tirando de las riendas de su caballo, que ya en el interior de la caverna, entregó a su dueña.

Aparte de los cinco hombres que junto a la Puerta Falsa se apiñaban con mosquetones al lado de un cañón, no había alma viviente en cuanto se veía.

Eran extrañas y singulares las formas de las bóvedas, que en combinaciones sorprendentes daban acceso a un túnel de una belleza sin igual.

Las paredes se elevaban verticalmente, inclinándose después para formar una galería de forma elíptica.

Las dos muchachas y el Pirata Negro avanzaban por una rampa formada por fragmentos lávicos, que conducía a otra amplia galería abovedada, ensanchándose y estrechándose a lo largo del recorrido.

A veces, dadas sus dimensiones, semejaban naves de grandes catedrales góticas, místicamente silenciosas.

En las paredes y en las bóvedas, revestimientos calcáreos a modo de parches de un blanco intenso, producían el efecto de fantásticas antorchas blancas, alumbradoras como tragaluces que reflejasen luz exterior.

Y nada más lejos de la realidad, ya que en aquellas profundidades volcánicas no había más salidas ni agujero que la Puerta Principal y la Puerta Falsa.

—Vos, niña erudita, explicadme si es larga esta excursión, porque me parece que vuestros conciudadanos no han podido llegar a la cueva esta vez.

—Sí. Están en el primer tramo. Y no me llaméis erudita, que no lo pretendo ser. La Cueva de los Verdes se divide en tres grandes galerías, una de las cuales hemos atravesado ya. La última mide unos quinientos metros, desde su entrada hasta un paredón que cierra el paso por completo. Para pasar al otro lado, hay que atravesar un agujero a ras del suelo, de unos tres metros de largo; es tan estrecho, que difícilmente puede pasar, arrastrándose, más de una persona a la vez, siendo ésta la mejor defensa para nosotros los sitiados, ya que así los atacantes no pueden sorprendernos.

—Porque los bereberes carecen de inventiva, mis damas. Colocando cargas de pólvora, se ensanchan los agujeros...

—¡Callad, por favor!

—Bien. ¿Dónde están los sitiados?

—En el segundo.tramo, al cual entraremos por otro agujero semejante, por el que tendréis que arrastraros, ya que es idéntico al otro que le da entrada. Y en este segundo tramo, mientras duren el alimento y el agua, podemos resistir...

—Hasta morir de hambre y sed, o que los bereberes empleen sus cañones para derribar paredones.

Ellas habían ya desaparecido una tras ~otra, tendiéndose por una estrecha rendija. Hizo lo mismo el Pirata Negro, avanzando

sobre los codos, con el cuerpo a ras de suelo.

Desembocó en una ancha galería, donde se apiñaban los cuatro centenares que a lo sumo componían la población de Arrecife de Lanzarote.

En pie, brazos cruzados, quedóse unos instantes mirando. A su lado, las dos amazonas señalaron el grupo que en una esquina formaban las mujeres manteniendo contra sus senos a los niños que gemían llorosos...

—Ya lo he visto. Adiós, mis damas. Buena suerte.

Antes que ellas pudieran contestar, el Pirata Negro volvía a estar en el pasadizo. Salió a la otra galería.y andando deprisa, llegó hasta la Puerta Falsa.

Poco después atravesaba el bosque, dirigiéndose hacia el Sur, donde estaba anclado su velero.

CAPITULO V

La fragata inglesa

"Cien Chirlos" y "Piernas Largas" llegaron a cubierta jadeantes y cubiertos de sudor por la carrera con que alegremente habíanse anticipado a l Pirata Negro.

Le habían seguido bosque a traviesa, hasta que desapareció montado a caballo con las dos mujeres por un foso, y después le habían aguardado ocultos en la maleza.

Al verle dirigirse hacia el Sur, corrieron como gamos...

—A bordo viene — resopló "Cien Chirlos"—. Lo que te dije: el ruido de la pólvora le ha excitado... y vamos a tener jarana.

—Eso le quitará la murria triste. Él mismo dijo un día que apenarse es de cobardes. Y él se apenará poco, aunque grandes hayan sido los golpes que la "malestrugancia" le atrajo.

El Pirata Negro, cuando pisó la cubierta, halló a sus cuarenta hombres alineados. No subió al castillete de proa, como habitualmente. Limitóse a encaramarse en un rollo de cordajes.

Sombrío el rostro, cruzados los brazos, habló monótonamente:

—El que quiera ir a tierra, que raya. Hay al norte tres bajeles turcos. Es ir a hundirse, bribones, sin esperanza. El primer ataque les sorprenderá y quizás podamos hacer estallar un casco. Pero quedarán dos y doscientos piratas bereberes. Conque, venia tenéis para largaros. Os lo aconsejo: me basto yo para manejar el timón, "Cien Chirlos" para las velas, y "Piernas Largas" para los cañones. Los demás tenéis derecho a vivir. No os quiero llevar a una muerte segura.

"Cien Chirlos" y "Piernas Largas", "complacidos" por la elección, miraron torvamente al resto de la tripulación, que seguía inmóvil.

—¿No habéis oído, bribones? Ahí tenéis tierra firme... Allá, muerte y destrucción... Un paso avante los imbéciles que quieran

venir conmigo.

A la par, los cuarenta piratas dieron un paso al frente.

El Pirata Negro, sin sonreír, apoyó los dos puños en sus caderas, abriendo el compás de sus piernas.

—¡Imbéciles!—masculló sordamente—. En fin, vosotros habéis elegido saltar «n pedazos. Tienen buena artillería, son seis veces superiores a nosotros en número... ¡Imbéciles...! Pero ¡sois los míos, mis valientes!

Guardó silencio, contemplando el velero, y sus lonas arriadas.

—¡Pobre "Aquilón"! Mejor suerte te deseé... Pero tendrás funerales dignos de ti. ¡Cada uno a su sitio! ¡Presto!

Una intensa actividad reinó, coincidiendo con el triple salto con que el Pirata Negro se encaramó en el castillete de proa.

"Cien Chirlos" sintióse renacer al repetir las órdenes del Pirata Negro:

—¡Leva anclas! ¡Vigía alerta! ¡Iza velas menores! ¡Artilleros a sus piezas!

Maniobró el velero hasta que, hinchándose— las velas, fue adquiriendo velocidad...

Los silbidos estridentes del Pirata Negro llamando a "Piernas Largas" y a "Cien Chirlos" hicieron acudir presurosos a los dos lugartenientes.

—Atended, par de rebeldes. Os vi correr a través del bosque como cervatillos con exceso de carnes. No os tomaré en cuenta esa desobediencia porque ya os tomasteis la confianza de luchar conmigo de "tu" a "tu". Vamos a morir, Curro Montoya. Vamos a morir, guapetón. Antes que os dé mis órdenes, quiero hablaros de hombre a hombre.

Colocó su diestra en el hombro de "Cien Chirlos" y su zurda en el de "Piernas Largas".

—Juntos siempre los tres, vivimos momentos buenos y momentos peores. Me habéis sido fieles y os he cogido aprecio. Cuando la metralla o el acero corte nuestras vidas, nadie nos llorará. Eso, pues, alegrará nuestra muerte. Pero nosotros tres juntos emprenderemos el último viaje.

—Gracias, señor — balbuceó "Cien Chirlos".

Una tenue sonrisa melancólica iluminó el adusto semblante del Pirata Negro.

—Él te quería mucho, guapetón. Tú eras su padrino. Tate... ¿Vas a llorar ahora como una comadre quejicona? ¡Maldito seas! Relincha por las narices y sórbete el moco, tunante.

Dio una palmada en la mejilla llena de cicatrices, y tendió la diestra, que fue estrechada, crujientes los huesos, por "Cien Chirlos".

"Piernas Largas" estrechó también con furia la mano ofrecida.

—Bien. Se acabaron los enternecimientos. Ahora quiero que me escuchen los piratas. Cuando viremos el cabo y demos frente a los tres bajeles, habrá dos puntos de mira. La primera andanada, que rocíe a los que se apiñan en la entrada de una cueva cercana a la playa. La segunda andanada que escupa su metralla contra la arboladura del bajel más cercano. Tú, "Cien Chirlos", a los artilleros de babor. Cuídate de tomar puntería afinadamente. Será, posiblemente, tu último cañonazo. Tú, "Piernas Largas" a los artilleros de estribor y tomando por blanco a esos bereberes que en tierra acechan como el lobo la rendición del sitiado cordero. Después... avanzar, meterse en cuña entre los otros dos bajeles, y agotad los cañonazos, hasta que nuestro casco se, hunda. Pero... ¡el "Aquilón" se hundirá sin que en su timón se ponga mano de bereber! Id a vuestros sitios.

El velero avanzaba con airoso cabeceo veloz, y el Pirata Negro, desde el castillete, miraba con última nostalgia cariñosa la proa afilada que tantos mares había surcado.

Fue colocándose en el cinto las armas que sus lugartenientes habían depositado sobre un escabel.

En el puente, los de abordaje iban pertrechándose de todas las armas, apoyando contra la borda los pesados mangos de las hachas de doble luna.

Había alguno que llevaba en su cinto cuatro y cinco pistolas. Vaciaban el arsenal...

Los artilleros amontonaban junto a sus piezas todos los proyectiles que iban trayendo los servidores.

Ardían todos en impaciencia de entrar en combate, porque no luchaban contra enemigo. Luchaban contra su propia inactividad, y sus instintos combativos les hacía aparecer como hermosa la imagen de la muerte, si ésta les sorprendía en el mar y arma en mano...

Divisábase ya el cabo, tras el cual aparecerían las tres poderosas

naves bereberes.

—¡Próximo el momento, mis valientes! Sepamos demostrar que este pabellón del aguilucho no es de palomo.

Con tal de que cada uno de vosotros antes de reventar, despanzurre cinco bereberes, habréis hecho honor a nuestra fama y podré hundirme sonriente. ¡Iza pabellón, botalero!

Flameó en el aire el trapo insignia, con su aguilucho bordado cerniéndose pico abajo y garras prestas.

El cabo agudo era ya una masa cercana...

—¡Preparados, mis valientes! El que primero pega, pega tres veces. ¡Abre a babor, timonel! ¡Enciendan mechas!

El “Aquilón” viró con gallardía, y su proa apuntó hacia tres bajeles que en triángulo estaban al pairo...

En tierra, veíanse turbantes y blancos ropajes, destellando entre ello» los aceros de los alfanjes y las medias lunas de plata... Medio centenar de piratas bereberes habían puesto cerco a la entrada de la cueva de los Verdes...

—¡Toma mira!—gritó el Pirata Negro.

—¡Apuntadas piezas, señor!—repitió “Piernas Largas”.

—¡Fuego!

El velero había sido ya divisado por las tres naves bereberes. A babor y estribor del “Aquilón” pareció que un incendio acababa de estallar. Bamboleóse el velero, con crujido de cuadernas, restallar de velamen y quejido de palos, efecto de la doble explosión de andanada por ambas bandas.

Nubes de humo levantáronse en tierra, junto a la entrada de la cueva y en el mar: uno de los bajeles escoró de banda como un ballenato arponado...

—¡Fuego a discreción!—gritó el Pirata Negro—. ¡A toda vela! ¡Entro los dos bajeles!

“Piernas Largas”, negro ya el rostro por la descarga múltiple de las piezas que encañonaba, torció la boca en sonrisa do zorro, mostrando sus dientes en que la reciente mella aumentaba la fealdad y negrura de los restantes.

—¡Buen disparo, jabatos! Ésos de la entrada de la caverna, se estarán contando los trocitos. Ahora, ¡cañonazo limpio y libre contra el bajel de babor!

“Cien Chirlos” ordenó una segunda descarga contra el bajel ya

alcanzado, y al efectuarse atinadamente, fue apuntando las piezas aun calientes contra el bajel de su banda.

En el castillete, el Pirata Negro percibió el movimiento con el que los dos bajeles restantes, recuperados sus pilotos de la primera sorpresa, iban ya enfilando sus piezas hacia el velero suicida que se lanzaba contra ellos.

Eran dos fortalezas flotantes, preparadas para una larga incursión, con artillería numerosa y bien servida…

De pronto, algo inesperado pasmó de asombro al propio Pirata Negro.

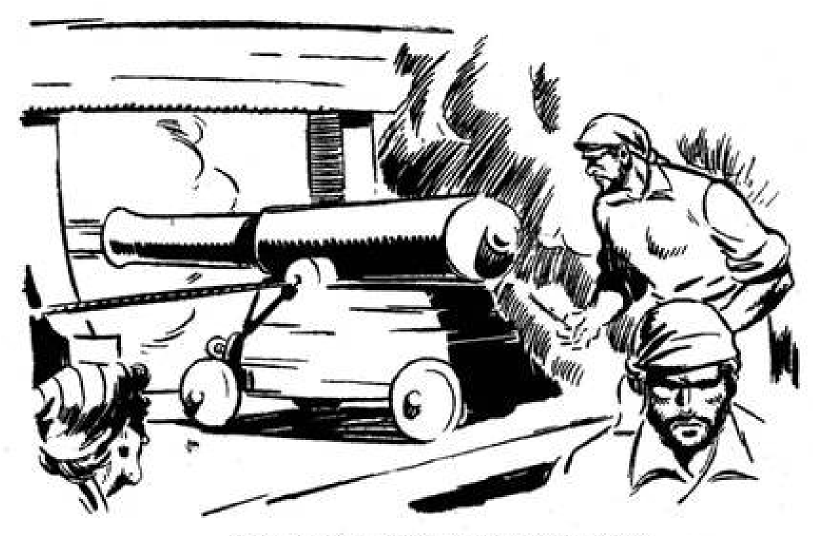
A retaguardia de los dos bajeles, acababa de iluminarse el mar con un repentino llamear, y la descarga horrísona que se oyó no procedía de la artillería de los bereberes, como en un principio creyó Lezama, sino de una fragata de magnífica y recia estampa, que denotaba a la legua su tripulación guerrera.

Los brillantes uniformes, la pericia y prontitud del ataque demostraba que la fragata que acababa de Surgir por la boca del acantilado sur, opuesto al lugar desde donde los artilleros del “Aquilón” hacían vomitar a sus piezas fuego sin descanso, era nave de guerra.

Enfocó el anteojo el Pirata Negro y divisó en lo alto del ancho mástil, el gallardete británico…

Los dos bajeles atacantes estaban ahora presos entre dos fuegos.

—¡Media vela! ¡Abre a estribor, timonel!—ordenó el Pirata Negro.



...el "Aquilón" hacía vomitar sus piezas...

Su maniobra tendía a evitar que las mortíferas descargas de la potente artillería de la fragata pudieran alcanzarle en su trayectoria de busca del casco de las naves piratas.

—¡Seguid fuego a todo pleno!

Uno de los bajeles prefirió intentar la huida, avanzando hacia el velero que le cerraba el paso.

—¡Prestos los de abordaje!—gritó el Pirata Negro.

Repiquetearon los sables, puñales y hachas... "Cien Chirlos", sin dejar de vigilar a los artilleros, empuñó con la zurda un pesado mazo de hierro destinado usualmente a desatascar las piezas obturadas, mientras con la diestra sopesaba cariñosamente un hacha...

Avanzaba el bajel al encuentro del velero, que le enfilaba la proa con la clara intención de abordarlo...

Eran cien hombres contra cuarenta, y no esperaban verse abordados, sino que contaban con un triunfo rápido...

El "Aquilón" maniobró en zigzag para evitar los cañonazos de las piezas enemigas, y cuando ya la distancia era escasa, volvió a presentar su banda por el babor favorable...

El Pirata Negro saltó al puente, donde arrancó la cadena que sujetaba el remate de una pieza artillera. Los voluminosos eslabones constituían, en sus manos, la más temible y mortal de las armas.

Babor del velero y estribor del bajel entraron en roce... De

ambas cubiertas partieron cuerdas con garfios, palancas y pasarelas...

Descargaron sus pistolas los piratas, tirando las inútiles. Las hachas pequeñas fueron arrojadas certeramente, y las hachas de ataque aguardaban aún su turno, porque también los puñales siguieron el mismo camino que las arrojadizas hachas del Caribe...

Resonó un estampido demoledor, y alcanzado en el flanco opuesto al del abordaje por una andanada de la fragata, el bajel partióse en dos, astillándose por un ancho boquete...

El fuego prendió en sus velas, ya desmanteladas por disparos hechos por e1 “Aquilón”...

La cadena del Pirata Negro barría ya a los primeros asaltantes, cuando al percibir el próximo peligro, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Fuera garfios! ¡Yira, timonel! ¡Cortad las amarras!

Sus órdenes iban— encaminadas a evitar que el bajel, que estaba zozobrando, arrastrase en su naufragio cercano al velero, con el que estaba trabado.

Los piratas fueron cortando a hachazos las cuerdas y las maderas de paso, derribando a los que por ellas se lanzaban al ataque...

Los otros bereberes que guardaban a lanzarse, perdieron el equilibrio al ladearse el herido bajel...

Viró el velero, alejándose del barco bereber, cuya popa alzábase ya denotando su próximo fin...

Otro nuevo disparo de la fragata terminó de rematar su obra...

Anchos círculos concéntricos; donde en torbellino valseaban restos humanos y maderos flotantes, indicaban el lugar donde acababa de hundirse el segundo Cajel que había sido atacado directamente por la fragata cuando ésta pareció.

El velero cabeceó violentamente, alcanzado por el remolino que formó el tercer bajel al hundirse...

Dominado el paso de la corriente artificial, el “Aquilón” quedó dando su borda de estribor a la fragata, que distaba unos doscientos metros, presentando la banda de babor...

—¡A vuestras piezas, artilleros!— gritó de pronto el Pirata Negro, encaramándose de nuevo al castillete de proa.

Aunque extrañados, ya que no había enemigo bereber, los piratas obedecieron maquinalmente por disciplina habitual.

El anteojo del Pirata Negro divisó en el puente de mando de la

fragata, el brillante uniforme galoneado del capitón inglés, que enfocaba también hacia el velero su catalejo.

Los artilleros ingleses continuaban en las culatas de sus piezas, y las bocas de los poderosos cañones apuntaban rectamente al velero.

Los restantes tripulantes, que sumarían do3 centenares, estaban en sus lugares de combate...

Las dos naves semejaban dos enemigos que, antes de entrar en liza, se observasen con mutua cautela, buscando los puntos débiles del adversario.

En el mástil de la fragata ondeó una bandera recién enarbolada. En el lenguaje de mar, significaba la cortés advertencia de mantenerse al pairo, imitando la actitud de la nave que tal medida pedía.

Y en efecto, la fragata, arriando alguna de sus velas, quedaba vigilante y al pairo.

De su costado partieron dos chalupas, en las.que remaban veinte marineros.

Una de ellas dirigíase hacia tierra, y la otra hacia el velero...

CAPITULO VI

Lord Barton Denver

Aproximóse el Pirata Negro a la pasarela que acababa de ser lanzada a un costado del velero, para recibir la visita de la chalupa que procedía de la fragata.

Examinó al único ocupante interesante de la chalupa, ya que los veinte remeros eran fácilmente identificables por sus uniformes y por la presteza con que se pusieron en pie, alzando sus remos, cuando la chalupa quedó atracada junto a la pasarela.

Uno de los marineros británicos asió el extremo de la pasarela y dobló la rodilla para que en ella apoyara su pie el visitante.

Era un caballero apuesto, joven y atildado hasta la exageración. Más que procedente de un buque de guerra, semejaba ser un galán que se dirige a un baile.

El tricornio de seda blanca, la rubia peluca de grandes rizos que le cubrían las espaldas, la casaca de floreada tela, las calzas de seda gris, las medias del mismo tejido y color, y los zapatos bajos de hebilla de oro, eran espectáculo poco acorde con el reciente combate.

Aumentaba aún más la impresión de que se dirigía a una recepción, el hecho de que al espadín que pendía de su cinto, espadín de salón, unía una gorguera de abundantes encajes, que caía en cascada sobre su pecho, arrancando de las vueltas de seda que a modo de prieto coleto, le envaraban el cuello. En la diestra llevaba un bastón de marfil. Destellaba en su pulgar un gran anillo de piedra negra...

Tal fue el hombre que pisó la cubierta del "Aquilón", despertando en los piratas una asombrosa sorpresa...

El recién llegado inclinóse levemente, destocándose casi imperceptiblemente el tricornio, que apenas abandonó el contacto

de su sedosa y perfumada peluca de grandes rizos.

Éste era el primer detalle que ahora notaba el Pirata Negro: un intenso perfume.se desprendía de aquel personaje...

El rostro, enmarcado por la peluca, era juvenil, petulante y de rasgos regulares y soberbios en la expresión. Pero ya colmó la sorpresa de los tripulantes el ver cómo el desconocido, después de hurgar negligentemente entre su gorguera de encajes, dejó al descubierto un cinto negro del que pendía una varilla de nácar, asestando hacia el Pirata Negro la indolente ojeada de sus ojos grises a través de un lente de aumento que destellaba al extremo de la varilla.

—¿Vos sois el capitán de este buque, señor?—preguntó el recién llegado en correcto español, aunque matizado de exótico acento.

—Soy.

—¿Es barco español?

—Es.

—¿Por cuenta del Estado, armador, o patente de corso?

—Cuenta mía.

El elegante sujeto levantó un extremo de su labio superior, descubriendo unos dientes blanquísimos, en mueca levemente desdeñosa.

—Muy lacónico sois, señor.

—Cuando me da la gana.

—¡"By Jove"! No estoy muy familiarizado con el idioma español, pero creo que en vuestra respuesta La habido cierta impertinencia.

—La misma que en vuestras preguntas.

—No creo haber faltado a ningún código social...

—Faltáis al código del mar. Un hombre, cuando pisa cubierta ajena, declina primero su nombre.

—Soy Lord Barton Denver—declaró pomposamente el inglés, agitando con indolencia su lente.

—Yo soy el Pirata Negro.

Lord Denver volvió a levantar su labio superior, pero sólo por un extremo.

—Al menos reconozco que, como dicen los franceses, no os mordéis la lengua al contestar. Pensaba que ibais a ocultar vuestra personalidad.

—Abreviemos, mi joven y perfumado visitante. ¿A qué diablos habéis venido aquí? ¿A que admire la elegancia de vuestra ropa?

—Vuestros modales pecan de descorteses, señor. Vengo mandado por el capitán Graham Murphy, que es e1 jefe de la fragata inglesa al servicio de Su Graciosa Majestad. Vine en calidad de intérprete, por mi conocimiento del español. El capitán Murphy os ruega que os trasladéis a su bordo sin escolta.

—Yo os ruego que os larguéis.

—Tengo que dar una contestación al capitán Murphy.

—Me desarma la seguridad con la que vosotros, los británicos, os juagáis siempre amparados en vuestra fría superioridad. Si teníais barruntos de que yo era el Pirata Negro, ¿cómo vinisteis a bordo con andares de pisaverde que se rinde a la reunión do una vieja baronesa achacosa? ¿No temisteis mojar vuestra ropa?

—El capitán Murphy me rogó que os viniera a traer su ruego, y he cumplido. ¿Qué le debo contestar?

—¿Para qué quiere que vaya a su bordo?

—Supongo que para que os declaréis preso.

—¡Sois encantador, mi joven pelucón! Os salva el hecho de que los ingleses me dejan atónito, porque no sé si su valentía procede de inconsciencia o de desvergüenza. ¿Por qué razón tengo yo que darme preso al capitán Murphy?

—Estima el capitán Murphy que vos sois el Pirata Negro.

—Lo soy sin género a dudas.

—Tened entonces en cuenta que la fragata en que vengo como único pasajero procede de Jamaica.

—¿Y qué?

—Tengo entendido que vuestro pabellón ondeó mucho por aguas de Jamaica. Y que os tomasteis la molestia de intervenir en asuntos del Gobierno inglés.

—En efecto. Cuando en nombre de algún gobierno se desgobierna, me da a veces la ventolera de demostrar que desgobernar es cosa fácil y tomo cartas en el juego.

—Tengo también entendido que disteis muerte al corsario inglés, el muy honorable Chester Tramp.

—Sí. El muy honorable canalla Chester Tramp. Era valiente, pero cometió la torpeza de hablar de mí en tonos despreciativos.

Lord Barton Denver dióse golpecitos reflexivos con el mango de

nácar contra los dientes blancos, expuestos en sonrisa que recordaba vagamente la mueca de una zorra...

—Sois tal como la fama os describe, señor. Vestido de negro, insolente, y temerario imprudente.

—El temerario imprudente sois vos, querido muñeco. No pisáis suelo inglés, sino la cubierta de un barco pirata.

—¿Os dais cuenta de que la fragata os destrozará al menor intento de oponer resistencia?—

—Mi bocado me llevaré, que yo no soy un bajel de torpes bereberes con malos artilleros.

—Sois capitán de una cuarentena de hombres.

—Cada uno de los cuales es superviviente de miles de combates, y cuento por doble. Soy modesto en la apreciación, porque no desestimo el valor de los marinos ingleses. Pero transmitid al capitán Murphy mis palabras.

—¿Sobre el valor de los marinos ingleses?

—No. Decidle que él partió de Jamaica con rumbo a... ¿a dónde?

—A Londres. Hicimos escala en Tenerife para aprovisionar, cuando nos dimos cuenta del ataque pirata. El bereber es un enemigo común que debe ser exterminado de todos los mares...

—Me lo seguiréis contando en otra ocasión. Decid, pues, al capitán Murphy que si iba rumbo a Londres, que siga su rumbo y me deje en paz. Si quiere brea, brea le daré.

—¡Jactancia, señor! No aguantaréis las dos primeras andanadas, a fe mía que os lo apuesto...

—¡Idos al diablo, vos y vuestras apuestas! ¿Os creéis en los salones de Palacio? Dad gracias a que siento cierta inclinación hacia lo que huela a inglés... y no a vuestro perfume precisamente... Caso contrario, estaríais nadando hacia la fragata... ¡Idos!

—Soy Lord Barton Denver y no admito imposiciones de nadie. Vine voluntariamente, sabiendo a lo que me exponía, y voluntariamente abandonaré vuestro barco si tenéis la cortesía de corresponder a mi saludo.

Descubrióse lord Denver saludando ampliamente con su tricornio. Inclinóse el Pirata Negro.

—Quedo vuestro servidor, Señor— dijo adustamente el inglés.

—Y yo vuestro agradecido admirador, lord Denver.

El sarcasmo no pasó desapercibido al aristócrata, que con una

última ojeada a través do su lento, cubrióse con el tricornio, colocóse bajo el brazo el delgado bastón, y reposada mente descendió la escalera.

La chalupa alejóse del costado del velero… Llegó a la fragata al mismo tiempo que, procedente de tierra, atracaba junto a ella, al costado de la nave inglesa, la chalupa en que dos oficiales y veinte marineros ingleses regresaban escoltando ceremoniosamente a dos mujeres.

Vestían trajes de amazona. Una era alta y rubia, y la otra de mediana estatura, morena y de nerviosos ademanes, que contrastaban con los lánguidos de su compañera.

* * *

El capitán Graham Murphy bendijo la oportuna llegada de lord Denver, porque desconocía el idioma español, y para recibir el testimonio de lo ocurrido en la isla necesitaba de los servicios de su pasajero como intérprete.

Saludó con gran cortesía a las dos mujeres, mientras lord Denver tomaba la palabra con afectada sonrisa de buen tono:

—En nombre del señor capitán, me es grato, señoras, darles una respetuosa y cordial bienvenida a bordo de tierra inglesa. El señor capitán Graham Murphy ruega le excusen por su desconocimiento de la bellísima lengua española. Me ruega le sirva de mediador. Al parecer, dos bajeles turcos atacaron la isla…

—Tres, señor — interrumpió Juana Cristina.

—No puedo dudar, señora, de lo que alineáis; sin embargo, al llegar sólo vimos dos bajeles bereberes…

—El tercero fue hundido por el velero del —señor capitán Lezama—replicó Luisa Martina.

Reprodujo rápidamente en inglés lord Denver las declaraciones de las dos canarias. Graham Murphy tosió solemnemente:

—Preguntad, milord, os lo ruego, si saben quién es realmente el que ellas llaman el señor capitán Lezama.

—El capitán desea saber, y me ruega les suplique contesten tras reflexión, si conocen la identidad del capitán Lezama.

—Identidad no hay más que una. La que todos tenemos.

—Perdonen. No me he hecho comprender adecuadamente. ¿No conocen un apodo del español Lezama?

—El español Lezama—rebatió Juana Cristina—es el que evitó

que los bereberes realizasen sus propósitos, atacándoles valientemente con su sola nave.

—Lo hizo en defensa de las madres y de los niños. Espontáneamente y lanzándose a la muerte—dijo Luisa Martina con cierta vehemencia. \

Tradujo lord Denver, y el capitán Graham Murphy tosió mientras meditaba.

—Ignoran, pues, milord, que es el Pirata Negro. Lo consideran salvador de la ciudad. Bien; indíqueles, milord, os lo ruego, si quieren honrarme tomando té.

—El señor capitán—tradujo lord Denver—les ruega le hagan saber si se dignan tomar una taza de té en su compañía.

—Vinimos porque deseaban información de lo ocurrido. Desconocemos lo que es el té.

Frunció lord Denver el entrecejo como si acabara de oír la más espantosa de las inconveniencias. Pero, dominándose, inclinóse en profunda reverencia.

—En este caso, señoras, les quedamos reconocidos, besando sus manos.

El capitán Graham Murphy inclinóse también, con cierta rigidez distinta de la flexible cortesanía del aristócrata.

Ambas canarias miráronse entre sí y por fin Juana Cristina dijo:

—Desearíamos saber por qué se nos han pedido informes sobre el capitán Lezama.

—Mero trámite, señoras. Reitero nuestro agradecimiento.

Escoltadas por dos oficiales, las dos canarias entraron de nuevo en la chalupa, que se alejó rumbo a tierra.

El capitán Graham Murphy tosió, según su costumbre, reclamando la atención del aristócrata.

—Asunto difícil, milord. Si ataco al que es para los isleños salvador de la ciudad en peligro, quizá Su Majestad me reproche esta acción de iniciativa personal. No nos conviene la enemistad de los puertos en que a veces tenemos que hacer escala. ¿Qué haríais vos en mi lugar, milord? Os lo ruego. Vos sois hombre diplomático.

—En cosas de mar, mi capitán, soy un perfecto cretino ignorante.

—¿Os parece bien, milord, que antes de tomar una decisión quede informado de la respuesta del pirata?

—Se negó á considerarse preso —dijo lacónicamente lord Denver—. Reconoció, sin embargo, ser ciertas mis acusaciones.

—Debo, no obstante, advertirle determinados puntos. Pero no puedo rebajarme a ir a su bordo. Os ruego, pues, milord, que le digáis que le ofrezco la media milla.

—¿La media milla? Ilustradme, mi capitán.

—Es usanza cortés de mar. Ved que nuestras dos naves están al pairo con los artilleros en sus piezas, y los hombres de combate dispuestos. Distamos una milla. Si él se destaca en lancha a media milla entre los dos buques, yo hago lo mismo, y podemos hablar sin que ninguno de los dos pierda posición ni se sienta menoscabado en sus atribuciones.

—La gente de mar es original—dijo con fatua petulancia el aristócrata—. Bien, mi capitán, cuando ordenéis…

CAPITULO VIII

Una proposición inesperada

A bordo del velero seguía el Pirata Negro expectante. Cruzóse de brazos con impaciencia, cuando vio la figura del elegante aristócrata en el centro de la chalupa, que de nuevo se acercaba. al "Aquilón".

Con sus mismos modales de majestuoso empaque insolente, lord Den-ver pisó la cubierta. Pero demostró cierto humorismo.

—Me llamo lord Denver, señor. Usanza de mar.

—¿Qué diablos os ha traído do nuevo aquí?

—Gracias a la calurosa defensa de dos damas, el señor capitán. Murphy os concede la media milla. Usanza de mar.

—¿Para qué?

—Supongo que deseará hablaros, y os tengo que imponer, muy a pesar mío, mi perfumada presencia, como intérprete.

—Deseos tengo ya de terminar con tanta monserga. ¡Arriad lancha!

Al destacarse la lancha del casco del velero, de la fragata se destacó otra, y casi a la misma distancia de las dos naves, las dos lanchas se inmovilizaron en el encalmado mar, costado contra costado.

Graham Murphy siguió sentado y erguido.

—Os ruego, milord, que le digáis al pirata que perdono su vida y la de sus hombres, gracias a la intervención de los isleños.

—Dice el señor capitán que no habrá combate, señor—tradujo a su modo el aristócrata.

—Decidle que lo celebro por él—replicó el Pirata Negro.

Parpadeó el aristócrata, pero demostró su diplomacia.

—El pirata os manifiesta su gratitud, mi capitán.

—Decidle también que no tenga la insolencia de navegar por.

mares europeos, porque donde sea avistado será preso para ser conducido al cadalso.

—Dice el señor capitán, que los mares europeos están actualmente muy agitados debido a varias guerras. Que os recomienda la estancia por estos mares más pacíficos.

—Navego por donde me place, mi joven traductor traidor.

Y en perfecto inglés, el Pirata Negro dirigióse a Graham Murphy:

—Cuando lo deseéis, capitán Murphy. Doy por terminada esta charla. Buen viaje y próspera carrera.

Fueron varias las toses que tuvo que emitir el marino inglés para no perder la impasibilidad.

Con gesto de invitación, dirigióse hacia lord Denver:

—Os ruego os trasladéis a mi lancha, milord. Partiremos tan pronto quede reparada mi vela central.

—Cosa de dos horas, ¿no, mi capitán?

—Aproximadamente, sí, milord.

—Entonces, excusadme. Sabéis que tengo caprichos pueriles de pisaverde cortesano. Desearía pedir determinados informes al pirata español. ¿Me dais vuestra venia?

—¡No faltaría más, milord!

Con gesto imperativo, Graham Murphy dio orden de remar. Alejóse, su lancha, apartándose de la pirata en que el aristócrata, con su peculiar sonrisa zorruna, miró al que le observaba con ceño fruncido.

—Le habéis pedido permiso al capitán. Pero ésta es mi lancha. ¿A quién le habéis pedido permiso para permanecer en ella? Volveréis nadando a la fragata.

—Corrí este riesgo, señor. Aunque os advierto que no sé nadar.

—Aprenderéis en el agua.

—Ante el capitán tuve que fingir que era capricho de cortesano. Mí reputan excéntrico. Pero mi motivo para desear una conversación privada en vuestro camarote, es serio. Tengo una proposición que os interesará.

—Nada me interesa.

—Un hombre como vos que sabiendo inglés no presume de ello hasta que le apetece, es digno de admiración. Vos matasteis al corsario inglés Tramp. Vos sois el hombre que yo necesito.

Dio el Pirata Negro orden de remar.

—Ved que la lancha se aleja cada vez más de la fragata. Una milla para quien no sabe nadar es larga distancia.

—Dije que no sabía nadar para excitar vuestra generosidad. Algo así como cuando vos fingisteis no saber inglés.

—Abreviad. ¿Qué deseáis?

—Mi hermana, lady Denver, ha sido raptada por el corsario Hugh Foster. La raptó en la isla Barbados. Pero es tal su osadía que la lleva a bordo de su velero rumbo a Europa.

—¿Y para qué me contáis ese incidente a mí?

—Vos podéis vengar lo que yo no puedo.

—¿A santo de qué? ¿Quién es el hermano de lady Denver?

—Desgraciadamente lo soy yo. Os hablaré con claridad. A ella no la aprecio, pero no puedo deambular dignamente por Londres, porque sé que el corsario hará gala de su rapto, y seré la irrisión de la corte.

—Enviad a un cualquier capitán Murphy a la caza de Hugh Foster.

—El corsario Foster goza del favor real. No puede ser un inglés quien lo aprese, mientras no infrinja las leyes.

—¿Acaso en Inglaterra es considerado normal que se rapten las mujeres?

—Los corsarios gozan allí de gran prestigio. Nadie creerá que mi hermana fue raptada, sino que voluntariamente y por capricho se dignó acompañar a Hugh Foster.

Subió el Pirata Negro por la pasarela, seguido por el desconcertante aristócrata.

—¿Por qué creéis que yo os puedo ser útil? No tengo la —menor intención de mover ni siquiera el meñique en evitación de que. se rlaa.de vos.

—Vos sois, según la fama particular que a mis oídos llegó durante mi estancia en Jamaica, un caballero errante, un Robín de los Bosques dé las olas. Os he estudiado. ¿Qué recomendó el capitán Murphy? Que no aparecierais por mares europeos. Es indudable que la primera singladura que vos ordenaréis será el internaros por mares europeos.

—Quizás tengáis razón. Bien; y aunque así fuera, ¿creéis acaso que por eso me preocuparé en lo más mínimo en seguirle la pista al corsario Hugh Foster?

—Tiene en su mástil la lista de sus enemigos vencidos. Y encima de esta numerosa lista, los nombres de los que le huyeron sin aceptarle combate.

—¿Numerosa también?

—Mucho. Con la peculiaridad de que el primer nombre de los que rehuyeron cobardemente el combate es el vuestro.

Y lord Denver rió silenciosamente.

—Nunca me avisté con tal corsario embustero. Os llevo algunos años, mi joven aromático. Si pensabais herir mi amor propio, os falló el disparo. Puede Hugh Foster blasonar cuanto quiera. Si algún día tropieza en mi camino, le haré tragarse su lista.

—Es el terror de los navíos españoles.

Será otra de sus mentiras.

—¡Oh, no! Asoló la costa venezolana, incendio los poblados de La Española, apresó en la costa de Panamá a un centenar de mujeres, a las que encadenó en los remos de una galera, y como las delicadas mujercitas no podían con el remo, las azotó personalmente. Tampoco logró hacerlas remar, y entonces aplicó en sus espaldas desnudas hierros candentes... Sólo consiguió matarlas. Deplorable, ¿verdad?

—¿Qué rumbo sigue?

—Siempre el mismo. Caribe, Madeira, Lisboa, Vigo, Boulogne-sur-Mer y la isla de Wight—dijo precipitadamente el inglés—. Nos precede en escasos días.

—Suponed que me aburro. Suponed que para olvidar algo reciente, quiero sumirme en actividad, suponed que doy con el corsario Hugh Foster.

—En Londres os esperaré agradecido.

—Me lo temía—dijo con sarcasmo el Pirata Negro—. Mataré a Hugh Foster, pero me revienta que tal hecho me valga vuestro agradecimiento,

—¿Sabéis que en la corte seríais muy apreciado? Tenéis respuestas de una insolencia propia de aristócrata.

—Suponed que vuestra hermana no se resigne a volver a vuestro lado.

—Lo celebraré. Con tal de que Hugh Foster muera...

—Bien. Podéis largaros, milord. Os he visto ya demasiado.

—Supongo que no pensaréis que voy a ir nadando...

—Mal supuesto, milord. Mis lanchas sólo se arrían para cosas importantes, y vuestra ropa no tiene importancia alguna.

—Entonces, me admitiréis el obsequio—y el aristócrata fue quitándose la casaca, la gorguera de encajes y. el tricornio, que dejó sobre cubierta. Encima colocó parsimoniosamente su bastón y su espadín.

Dirigióse hacia la borda, sobre la cual cabalgó.

—Recordad, señor. Hugh Foster sigue siempre el mismo rumbo, tanto a su regreso como a su ida. Vuestro velero es rápido. Le daréis alcance. Lisboa, Vigo, Boulogne-sur-Mer, isla de Wight y Londres. Naturalmente, la isla inglesa y la capital.., tienen muy mal clima... para vos.

—¡Maniobra de vela—gritó el Pirata Negro—. ¡Rumbo a Lisboa!

—Adiós, o hasta la vista, señor— saludó el inglés.

Púsose en pie y limpiamente se zambulló en el agua, tirando antes sobre cubierta su profusa peluca. En camisa y desprovisto de peluca y rígida casaca estrecha, sus hombros eran anchos y su nadar vigoroso...

El hombre qué nadando se dirigía hacia la fragata nada tenía de pisaverde afectado.

El Pirata Negro, mientras el velero daba popa a la isla de Lanzarote, dio con el pie en el ropaje que había dejado Lord Denver.

—Al agua con todo esto—ordenó.

La fragata seguía al pairo... Pronto la nave del capitán Murphy y los contornos de la isla del Fuego fueron difuminándose en la lontananza.

Y cuando el crepúsculo caía, sólo rodeaba al “Aquilón” un horizonte de cielo y mar...

SEGUNDA PARTE

EL CABALLERO ERRANTE

CAPITULO I

Lisboa

La costa meridional portuguesa, desde el mar, aparecía insignificante como una extensa llanura arenosa... Pero a medida que el velero remontábase hacia el Norte, el litoral iba recortándose en accidentes.

Por fin, el “Aquilón” enfiló el estuario del Tajo, donde el monótono escenario cambió repentinamente.

Aparecía la Roma de la Península Ibérica: Lisboa, extendida en el majestuoso anfiteatro de sus siete colinas.

La ciudad se escalonaba pintorescamente en terrazas floridas de alegres colores y la boca del río abundaba en navíos de todas las nacionalidades, que anclaban precavidos en las proximidades del mar, para hallar pronto escape en caso de peligro.

Eran frecuentes los combates en el puerto lisboeta, donde irrumpían inesperadamente barcos corsarios cerniéndose como aves de rapiña sobre el rico botín que suponían los mercantes allí anclados.

El “Aquilón” echó anclas, a varias millas de la ciudad. Quedó a bordo “Cien Chirlos”, con la consigna de largar todo el trapo en caso de alarma...

El Pirata Negro iba acompañado por “Piernas Largas”, que, quizá en atención a pisar tierra ibérica, llevaba terciada al hombro su guitarra.

Como en los primeros tiempos de su accidentada vida de pirata, Carlos Lezama vestía enteramente de negro, y por eso hacíase más restallante a la vista la roja intensidad del pañuelo que cubría a medias sus negros cabellos.

Un sombrero también negro, de anchas alas rectas, ladeábase corlando en parte la roja seda del pañuelo.

Las calles de Lisboa eran asiduamente visitadas por hombres de mar de todas las razas y profesiones. Corsarios, marinos de guerra, mercantes y simples pescadores, paseaban en forzosa promiscuidad, donde la tranquila confraternidad aparento duraba poco.

Para los lisboetas la presencia de un pirata por sus calles no era espectáculo desusado. Sin embarco, al divisar la sombría figura del Pirata Negro, seguido de cerca por el mal encarado "Piernas Largas", los ciudadanos portugueses apresurábanse a encerrarse prudentemente en sus hogares.

Suponían, con cierta experiencia en lides semejantes, que el pirata recién llegado y desconocido andaría en busca de algún rival y que la querella no se dirimiría sin abundante lucha entre las tripulaciones rivales.

Un pescador, reconocible por su largo gorro estriado en franjas negras y rojas, sintióse levemente atemorizado cuando el Pirata Negro, deteniéndose ante él, le apoyó una mano en el hombro.

—Mira hacia el río, portugués. ¿Cuál de aquellos barcos es el velero del corsario Hugh Foster?

El pescador portugués, obedeciendo la señal, oteó el río, para, después de unos instantes, decir con sincera expresión bobalicona:

—No sé, señor, porque no sé quién es Hugh Foster ni qué barco manda.

—Celebro saber que tu cerebro no te causa molestias.

Siguió anclando el Pirata Negro, hasta que se interpuso en el paso de dos contramaestres que vestían ropa marina británica.

—Buenos días, hombres de mar— habló en inglés—. ¿Podéis decirme cuál es el barco de Hugh Foster?

—No podemos informar. Pero si queréis saber algo sobre Hugh Poster id a la tienda de Álvaro Correia Trescoes, en la rúa da Alfandega. Es el que suministra provisiones de boca y aparejos a los corsarios.

—Agradeciendo vuestra indicación, ¿queréis decirme cuál es la rúa da Alfandega?

—Recto ante vos, llegaréis a la iglesia de Nossa Senhora da Conceiçao Velha. La tienda de Álvaro Correia Trescoes está a la diestra de la capilla.

Rígidamente, los dos contramaestres devolvieron el saludo del Pirata Negro, quien, al llegar a dar vista a la iglesia, advirtió a

“Piernas Largas”:

—Quédate al exterior, de vigía.

Álvaro Correia Trescoes avanzó obsequioso, saliendo de detrás de un amontonamiento de cordajes.

Su tienda era un hacinamiento de material marítimo y de sacos de piel rezumantes de grasas de recientes envasamientos.

—Hola, mercader. Quizá te compre algo, si respondes a algunas de mis preguntas.

—Álvaro Correia Trescoes está siempre atento a las órdenes de Suas Excellenzas—dijo, sonriendo servilmente el vendedor.

—¿Dónde está Hugh Foster?

Desapareció la sonrisa del rostro del portugués, y, pese a que el día era frío, pasóse una mano por el rostro como si se sintiera repentinamente bañado en sudor.

—Perdonad, Excellenza, pero no sé de quién me habláis.

—Ten en cuenta que sobra cuerda en tu zaquizamí y las vigas son sólidas. Odio tanto las mentiras estúpidas, que las castigo con la horca. Fuera aguarda mi ejecutor... ¿Quieres que lo llame?

—Yo, Excellenza, yo... no puedo hablar... Ved, atendedme, os lo suplico—dijo, hincándose de rodillas—. Si yo informase de vos a alguien que por vos preguntase..., vos me mataríais... Y eso ha jurado hacer Hugh Foster si respondo a ninguna pregunta que le ataña... Pero..., ¡no, por favor!, no llaméis a vuestro ayudante. Yo soy mudo... Pero hay alguien que os podrá informar mucho y bien sobre él, aunque no sé si...

—Soy íntimo amigo de Hugh Foster, portugués.

—Entonces, Catalina Maça... Ella sí, porque... es la amada de Hugh Foster.

—¿Dónde reside Catalina Maça?

—En el camino que va del acueducto a la carretera de Belem. No hay pérdida, Excellenza, porque es la única casita del camino. Está rodeada de tilos.

Sin replicar, el Pirata Negro abandonó la tienda-almacén. Apenas se hubo marchado, lanzóse Álvaro Correia a la ventana, y, al ver que el Pirata Negro tomaba el camino que conducía al acueducto, corrió presuroso a la trastienda.

—¡Benito!

A su llamada acudió un muchacho de unos quince —años de

edad, larguirucho y de rostro cazurro.

—¡Corre a casa de Catalina y dile que un amigo íntimo de Hugh Foster está camino de visitarla! ¡Un pirata!

* * *

La única casita que se hallaba en el camino del acueducto a la carretera de Belem era pequeña y vieja, situada entre tilos y en una especio de saliente de una roca.

Daba una extraña impresión de soledad y de estar deshabitada. golpeó el Pirata Negro en la puerta, mientras "Piernas Largas" se ocultaba entre los tilos.

Nadie replicó a la llamada. Repitió varias veces Lezama, basta que, por fin, impacientándose, apoyó el hombro en la puerta... La resistencia a su empujón fue escasa.

Hallóse en una habitación obscura y cuadrada, con una gran chimenea a un extremo, y muy cerca del fuego un gran sillón con orejeras.

A la media luz, vio que en el sillón se hallaba sentada una mujer... Miraba fijamente al recién llegado con expresión de odio... Su diestra mantenía firmemente una pistola de doble cabo que apuntaba directamente al corazón del Pirata Negro.

Carlos Lezama descubrióse.

—Excusadme, señora, si me tomé la libertad de forzar el cerrojo, pero nadie replicaba a mi llamada. No debéis tener temor alguno. Soy amigo de Hugh Foster.,

—Lo sé. Por eso mismo, al menor gesto de tus manos, vaciaré esta pistola en tu pecho...

—¡Tate!... Si ese recibimiento reservas a los amigos de tu amado, ¿qué les deparas a sus enemigos?

—A cualquier enemigo de Hugh Foster lo recibiría con los brazos abiertos.

Meditó fugazmente el Pirata Negro que la mentira útil que había empleado para que el mercader hablase habíase vuelto contra él...

—No te comprendo, Catalina Maça. ¿No eres la novia de Hugh Foster?

—Siéntate—dijo ella, señalando con su mano izquierda un escabel, sin perderle de vista.

Obedeció el Pirata Negro, colocando ostensiblemente sus dos manos encima de sus rodillas. Quedó a dos pasos de distancia de la

mujer, que seguía mirándole con expresión de odio.

—¡A él no pude matarle, pero me vengaré en ti!—gritó de pronto ella.

Era bonita, aunque en su rostro había huellas trágicas de dolor...

—¿Por qué?

—¡Tú eres pirata!

—En efecto. No creo que a Álvaro Correia Trescoes le dijese yo que mi profesión fuese la de pastor.

—Afectas desprecio a la vida..., como todos ellos... Pero he de verte temblar...

Uno de los trozos de leña que ardía en la chimenea se partió y, crepitando en llamas, cayó encima de las cenizas. Produjo una luz intensa...

—No creo que con este calor pueda yo temblar, Catalina Maça.

—Como Hugh Foster eres sarcástico. Tu rostro es también arrogante y desafiador... Has de morir, pirata.

—Algún día u otro, no lo dudo. Pero no a tus manos, mujer, porque ningún agravio te he hecho. ¿Por qué he de pagar culpas de otro?

—Estoy aquí... ¡porque Hugh Foster me abandonó como a una perra! Él no volverá más a Lisboa porque sabe que le mataría... Aceché en vano una ocasión, mientras estuvo a su bordo. Pero me tenía atada de manos al pie de su mesa... Me trató como a una perra...

—Te repito que nada tengo yo que ver en lo que entre tú y Hugh Foster pudiera ocurrir.

—¿No? ¡Canalla! Por canallas como vosotros, piratas y corsarios, no hay en el mundo felicidad. Mi historia es breve. Yo, con mi esposo, regresaba de América, cuando el galeón en que viajábamos fue atacado por Hugh Foster. Y con el velero suyo vino el viento que derrumbó mi vida en ruinas. Por la mañana, al salir el sol, yo era feliz. Mi esposo estaba conmigo, y cuando llegásemos a tierra, ricos y bien considerados, hallaríamos una vida plácida...

La mano que sostenía la pistola enfocaba rectamente el pecho del Pirata Negro, aunque la voz que hablaba temblaba de ira contenida.

—Eso era por la mañana... Al atardecer, después de que el velero de Hugh Foster atacara, mi esposo era cadáver y yo cautiva, sin

ninguna esperanza de rescate... Hugh Foster me eligió—y la voz tembló más acentuadamente—. Me desembarcó... y sólo me dejó esta forma de vida para no morir de hambre... Lo hizo a conciencia, porque le supliqué que me matara. Riendo, me contestó que yo era demasiado bella, para consentir en matarme... ¡Por eso, ya que a él no pude matarle, tú..., por pirata, sufrirás mi venganza!

—Si por pirata quieres matarme dispara, mujer. No quiero ni pienso oponerme.

Ella rió agudamente, amartillando el gatillo.

—No te mueves, como la fiera qué se dispone a saltar.

—No quiero saltar, poique harto estoy de todo, mujer. No te-reprocho que vengues en mí lo que Hugh Foster hizo de-ti. .

—Tus palabras no me engañan, pirata... Voy a...

Inesperadamente partió el disparo-doble, pero se incrustó el plomo en el techo. “Piernas Largas” acababa de deslizarse por la ventana y, saltando por detrás, había asido el brazo derecho de la portuguesa, retorciéndolo hacia lo alto.

Cayó al suelo la pistola, y “Piernas Largas” mantuvo los dos brazos de la mujer fuertemente enlazados tras ella.

Levantóse el Pirata Negro.

—Si le tuviera aprecio a la vida, andaluz, te daría gracias. Suelta a esa dama. Vete a bordo, y regresa aquí mismo. Que “Cien Chirlos” te entregue un cofre con mil onzas de oro. Aguardo.

El andaluz volvió a salir a toda prisa por la ventana.

Catalina Maça continuaba sentada. En su trágico y bello semblante traslucíase ahora un profundo asombro, pero de pronto sus ojos brillaron de nuevo con intenso odio.

—¡Igual que él!—exclamó—. ¡Igual que Hugh Foster! Te complaces en sádicos tormentos morales. Tu hombre no me mató, porque sabía que, a solas contigo, no te ofrezco peligro. Tú has dicho lo del oro como burla... Bien sabes que soy una mujer que es comprada por quien... puede pagarme... y que para...

—¡Chitón!—murmuró incisivamente el Pirata Negro—. Aplaca tus nervios, y aguarda calmosamente. Adivinaste al decir que los piratas y corsarios enlutan muchos hogares. Pero así como hay mujeres casadas que no son fieles y mercaderes que no son honestos, hay también piratas que son simplemente hombres de aventura.

—¿Para qué pediste las mil onzas de oro?

—Para ti. Para que vivas honestamente, como mujer honesta que eras antes de que Hugh Foster apareciera con su velero.

Rió ella silenciosamente, contraído el rostro en desesperada mueca de amargura.

—¡Canalla! Eres aún más cruel que Hugh Foster. Dominas mejor el arte de atormentar haciendo creer..., haciéndome concebir esperanzas locas... ¡Tú eres un vil pirata! ¿Por qué no abrevias ya mi existencia matándome?

—Si tanto sufres, ¿por qué no te diste muerte ya?

—Pensaba que algún día... reuniría bastante oro para ir en busca de Hugh Foster. Pero, ¿a qué contarte eso? ¿Para que te rías?

—Tan difícil resultará que me ría, como que tiemble en este cuarto caldeado. Dime, mujer, y para apartarnos de temas enojosos: ¿cuándo esperas a Hugh Foster?

—Dijo que nunca haría escala en Lisboa... Porque fueron dos de sus hombres los que me trajeron a esta casa abandonada... Me traían atada de manos, como estuve desde el momento en que él me ató al pie do su mesa, en su camarote...

De pronto ocultó ella el rostro entre las manos, y lloró abundantemente. El Pirata Negro inclinóse y recogió del suelo la pistola, en la que volvió a colocar el doble cebo...

Depositó la pistola cargada sobre el regazo de la mujer que lloraba. Dirigióse luego liada.la ventana entreabierta y, volviendo la espalda a Catalina Maça, quedóse contemplando el cielo obscuro tachonado de parpadeantes estrellas.

Catalina Maça cogió la pistola, amartillándola...

—¡Este juego será tu último, pirata!

Volvióse lentamente Carlos Lezama, brazos cruzados.

—Yo mismo no quiero matarme, mujer. Hazlo tú.

Ella parpadeó, abatiendo bruscamente la pistola.

—Tu rostro habla de infinito desdén, pirata... ¿Desdén a la triste condición en que vivo?

—Tu vida o tu muerte son asuntos ajenos a mí. Desdén le tengo a mi vida. Eso es todo. Dispara, si ello en algo ha de saciar el odio que en ti hizo nacer Hugh Foster.

—Te jactaste de ser amigo íntimo de Hugh Foster.

—Quería saber dónde se hallaba.

—Partió rumbo a Boulogne-sur-Mer, un puerto francés. Pero tú nunca le abrazarás. Y tu hombre esta vez no me sorprenderá...

—Lo que a mí me sorprende es que yo pudiera algún día abrazar a Hugh Foster. Pensaba matarlo... ¡Tate!... Torpe he sido diciéndote eso. Podría despertar en ti esperanzas. Podrías creerme... y no apretarías el gatillo.

—¿Un ardid sabio para...?

—Abrevia, mujer. Oigo ya los pasos de mi segundo y tendrás que apretar el gatillo antes de que él...

Catalina Maça dejó caer al suelo la pistola. Por la ventana apareció primero un cofre de cedro tallado. Tras él, sosteniéndolo, "Piernas Largas" entró ágilmente.

—Cumplida tu orden, señor.

—Deja el cofre a los pies de la señora. Ábrelo ante, ella, y márchate. Aguarda en el velero. Si tardo en volver, haz rumbo a Boulogne-sur-Mer. A esta mujer nada ha de pasarle. Tú, si quieres, puedes dar muerte al corsario inglés Hugh Foster, porque, si en Lisboa me entierran, sólo Hugh Foster será el culpable. Vete.

Catalina Maça, arrodillada, hundía sus manos hasta los antebrazos en el interior del cofre. Por entre sus dedos, y resbalando en sus desnudos brazos, las monedas de oro saltaban, repiqueteando al caer con sonidos alegres.

"Piernas Largas" saltó de nuevo por la ventana.

—¿Es... es posible?—musitó ella.

—Oro es, mujer. Parte del mucho que a mí me sobra. No me des las gracias, porque no hago tal cosa por bondad de corazón, sino porque, si realmente honesta era tu vida, podrá volver a serlo. Y ¡hay tan pocos seres honestos!

Levantóse ella, apagado ya el brillo de sus ojos, en los que la codicia había encendido luces ardientes.

—Vos sois un caballero errante, mi señor—y quiso besar la mano de Carlos Lezama.

Este se apartó.

—Soy un pirata, Catalina Maça: sigue en el suelo la pistola.

Cruzó ella las manos en fervorosa súplica.

—Perdonad cuanto os dije, señor.

—Adiós, señora.

Salía él, cuando se detuvo porque tras sus pasos venía corriendo

la portuguesa.

—¿Puedo preguntaros dónde vais, señor?

—Al mar. A Boulogne. Deseo abrazar a Hugh Foster con un puñal en la zurda y mi diestra rasgándole la boca… Quedad tranquila: si de mi depende, Hugh Foster no volverá a encadenar a ninguna mujer honesta al pie de su mesa de camarote. Tenéis oro suficiente para cambiar de ciudad y vivir olvidando. Os podréis casar…

—¡No quiero el oro, señor! ¡Quiero ir con vos donde vayáis!—exclamó ella impetuosamente.

—Tengo por costumbre acatar los caprichos femeninos. Pero no estoy ahora en temple de ello, señora. Adiós.

Volvióse impaciente porque dos manos se aferraban a su capa… Catalina Maça, arrodillada, pugnaba por impedir que él siguiera andando.

—¡Llevadme a vuestro bordo, señor! Seré vuestra esclava, —vuestra criada… Fregaré, barreré… Haré lo que me ordenéis… Pero ¡llevadme!

—¿Para qué y a santo de qué?

—¡Quiero estar presente cuando matéis a Hugh Foster! Y entonces… quizá vuelva a poder vivir sin que el, odio envenene mi sangre y mi pensamiento.

—Mi barco es velero pirata, señora. No nave para transportar pasajeras.

—Mandándolo vos, no hay en todo el mar nave más segura para una mujer.

La alzó él, asiéndola por los hombros.

—No os arrodilléis nunca más, señora… Vendréis a mi bordo… ¡Tate!… Dos vicios os quiero quitar. No intentéis besar mis zarpas, ni os postréis de rodillas… porque os echaré al agua… Y, ahora que quedáis advertida, podéis venir si lo deseáis.

Por primera vez sonrió ella dulcemente. Su rostro iluminóse como por encanto, transformándose…

Vio el Pirata Negro que, antes de odiar, Catalina Maça, cuando sonreía debía ser bella y encantadora.

—Señor…, ¡si mas hombres hubiera como vos, menos mujeres habría como yo!

—Tregua de sensiblerías, Catalina Maça—atajó bruscamente el

Pirata Negro—. Id a por el cofre. Os espero.

—¿No os escaparéis mientras yo voy a...?

—¡Mal rayo me coma! ¿Tengo yo apariencia de hombre que huye de mujeres? ¡Id a por el cofre, os he dicho!

Ella desapareció corriendo, y regresó jadeante, llevando bajo el brazo el cofre de cedro, que arqueaba su cintura por el peso.

Echó a andar el Pirata Negro, y tras él, sumisamente, la portuguesa le siguió animosamente.

Llevaban andados un centenar de pasos, cuando el Pirata Negro volviole bruscamente, murmurando:

—Traed acá el cofre. Es vuestro, pero antes era yo hombre galante y no consentía que una dama llevara engorros estando yo presente. Quien tuvo, retuvo..., desgraciadamente.

—Dejad... Yo soy vuestra esclava... y no puedo...

—¡Terca sois, maldito sea yo!., ¡Traed acá, dije!

Le quitó el cofre, y aguardó a que ella anduviera junto a él.

—Atrás sólo van los escuderos. Vos sois dama.

—Lo fui, señor... Ahora era mujer de...

—Otra cosa que vais a olvidar, así como el oponer resistencia a lo que yo diga. Nacisteis Catalina Maça... Desde que un velero corsario apareció en vuestro horizonte hasta que yo he aparecido, ha corrido un lapso de tiempo que no existe... La menor mención que me hagáis de tal cosa...

—Me echaréis al agua—dijo ella, dulcemente, iluminado el rostro en sonrisa más emocionante porque irradiaba entre lágrimas.

—Os sienta muy bien el sonreír señora. Hacedlo con-más frecuencia.

—Y vos ¿por qué no sonreís?

—¡Endiabladas todas!... Juré no cruzar más de cuatro palabras con mujer alguna... ¡y mal cumplo! Aquél es mi velero... ¿Tiene también parecido con el de Hugh Foster?

—El de,.. Hugh Foster es mayor.

Y vos ¡nada tenéis en común con el corsario inglés!

—Él es un canalla y usted un caballero.



—Él es un canalla y usted un caballero.

CAPÍTULO II

Boulogne-sur-Mer

Catalina Maça fue instalada en uno de los camarotes de la sala capitana. Manifestó su deseo de comer en el camarote, y por espacio de cinco días el Pirata Negro no la vio.

Fue al mediodía del viernes siguiente a la salida de Lisboa cuando tímidamente la portuguesa entró en la sala, mientras, el Pirata Negro estaba comiendo.

Cortésmente, levantóse él, se inclinó y volvió a sentarse, continuando comiendo.

—¿Os molesta, señor, mi presencia?

—Si acaso os puede molestar la mía. La brisa marina es un buen sedante que me abre el apetito. ¿No os sentáis?

—Gracias—dijo ella, sentándose al borde de un escabel.

—Una recomendación que os quiero hacer, y que seguiréis no a vuestro antojo, es la de que siempre encerrada, incubando vuestro odio, perjudicáis vuestra tez y vuestra salud. Pasead por cubierta.

—¿Me lo permitís?—dijo ella ávidamente.

Tiró Lezama en la bandeja el resto descarnado del pollo que estaba comiendo. Limpióse la boca con una servilleta, y replicó con cierta tiesura:

—No me gustan vuestros modales de colegiala asustada. Estáis como cohibida... Sin embargo, bien os advertí que esto no era galeón español de oficiales bienolientes y tripulación galantemente exquisita.

—¡Os confundís, señor!...—protestó ella con apenada vehemencia—. Es todo lo contrario. Yo... temía que os molestase el verme pasear por los puentes, porque...

—¡Tate, señora! ¿No quedamos que hay un espacio de tiempo que nunca existió? Sois una dama, y a mi bordo, señora que lo pisa

es tratada como tal, y vos os merecéis todos mis respetos, con lo cual queda dicho que para mi tripulación sois tan venerable como una imagen de hornacina. Y, ¡diantres!, no me obliguéis a hablaros así. Que quede de una vez para siempre en claro que, hasta la muerte de Hugh Poster, vos sois mi invitada... Y no estoy de talante para prodigaros cortesías, que os las merecéis espontáneamente sin necesidad de que yo ahínque en ello, repitiendo constantemente lo que ya una vez por todas he dicho.

—Cuando os oigo me siento distinta. Me siento... de nuevo la que fui antaño.

—¿Almorzasteis ya, señora?

—Sí. Vuestro lugarteniente..., ese señor de rostro lleno de cicatrices, me trae puntualmente mucho más yantar del que preciso.

—Voy al puente de mando. Si os apetece pasear, allá tenéis espacio más que suficiente. El día está encalmado, y es alegre espectáculo contemplar el azul del cielo, y las verdes olas anchas y amables que arrullan con brazos amorosos el casco de mi velero.

Tendió el antebrazo Lezama, poniéndose en pie. Catalina Maça apoyó su mano en el brazo y bajó la cabeza para que no viera, el que tan galantemente la acompañaba, el brillo húmedo de sus ojos.

En el corazón de la portuguesa reinaba un profundo agradecimiento, que se sentía incapaz de expresar con palabras.

Cuando en el puente de mando Apoyóse Lezama en el reborde mirando Hacia la proa, volvióse ella de espaldas, acodándose cerca de él.

—Hermoso día. Ved aquellos puntitos blancos... Indican tierra próxima. Son gaviotas. Mañana al atardecer llegaremos a destino. ¿No estáis aquí mejor que encerrada en el camarote?

—Sí—musitó ella, casi en voz inaudible.

—Toda tristeza parece aminorarse cuando uno se halla aislado entre mar y cielo. Todo es limpio: el aire es puro, y las velas semejan gigantescos cuellos de paloma henchidos;.. ¡Diablos! ¿Qué os ocurre ahora?

Catalina Maça lloraba sin ruido, pero no podía evitar que sus hombros la delatasen. Intentó sonreír...

—No sé. Soy tonta, ¿verdad, señor? Pero quizá el espectáculo de lo que nos rodea, vuestra voz ruda, pero afectuosa..., me hacen daño. Un nudo en la garganta... No sé explicarme, señor. Es como si

de nuevo creyera en que hay bondad en el mundo... En que puedo y debo confiar... Perdonadme la sensiblería.

—Sois mujer—dijo el Pirata Negro sin sonreír, siempre sombrío el rostro—. Y, por tanto, el humorcillo líquido de vuestras pupilas os consuela, cosa que envidio. Siempre he envidiado esa facilidad femenina. Llanto, llanto..., y luego olvido. Eso os deseo, señora. Pronto olvido, y poco llanto.

—Si olvido pronto, será porque el mal que uno hizo, la horrible maldad de un canalla sin perdón, la repara con sus palabras un caballero de noble corazón y viril generosidad.

El Pirata Negro, sin replicar, anduvo a lo largo del puente de mando, mientras Catalina Maça, con gestos nerviosos, secábase los ojos con un pañolito.

Al fin ella sonrió con dulce expresión.

—Como no quiero que me echéis al agua..., he tenido que recordar lo que me prohibisteis.

—Bien hecho.

—Y decidme, señor: ¿sabéis la fuerza con que cuenta el corsario inglés?

—Lo sabré cuando eche la vista encima a su velero.

—Mal estoy de cuentas y de cosas de mar, señor, pero su barco es casi el doble que el vuestro. Sus velas son mucho mayores; también sus palos.

Y hombres... tiene, cuando menos, cinco veces más que los que he ido viendo en vuestro barco.

—Si puedo evitarlo, con su barco no quiero pelea. Es con él. Y de hombre a hombre, las velas no cuentan... Y si llegara el caso, de barco a barco tampoco cuenta... Podéis estimarlo jactancia, pero muchas veces he combatido por simple afán de combatir. Ahora, hay algo más, señora. Siento que mi vida tiene una finalidad: matar a Hugh Foster. Después, ya no me importará seguir errante en busca de la Pálida.

Guardó silencio unos instantes, y Catalina Maça no habló. Empezaba ya a conocer el carácter de Lezama, y sabía que había preguntas u observaciones que sólo lograrían irritarle.

—Os digo eso, y vos habéis tenido la sensatez de no interrogarme, simplemente para indicaros que si en un principio al perseguir a Hugh Foster perseguía a la muerte, ahora no. Y

dispuesto a vencerle… Por muy corsario inglés que él sea, yo hice un largo aprendizaje en el Caribe. Un mar donde se aprende a suplir las enemigas superioridades con recursos de toda ley.

—¿Me permitiréis que os acompañe cuando desembarquéis en la ciudad francesa?

—No veo motivos para ello. Una mujer es, ciertamente, un estorbo cuando nacen reyertas.

—Es que… ¡quiero ver morir a Hugh Foster!

Fue casi un grito, que enronqueció la habitualmente voz mesurada de la portuguesa.

El Pirata Negro quedóse mirándola de hito en hito.

Ella sintió calor en sus mejillas, y. débilmente murmuró:

—¿Me juzgáis cruel por querer presenciar la muerte de un hombre?

—Si fuese la muerte de un hombre, sí. La muerte de Hugh Foster es escena que os pertenece saborearla por entero. Escuchadme bien. Cuando sentencio a muerte a alguien, acostumbro a concederle el paso rápido a otra existencia y no quiero espectadores. Ese caso es muy distinto. No vendréis conmigo a tierra…, pero os prometo que traeré a bordo al corsario inglés con la suficiente vida para que vos dispongáis de él. Considero por vez primera que hay seres que deben morir torturados…, ¡y Hugh Foster es uno de ellos!

* * *

Boulogne-sur-Mer era el puerto norteño de más importancia del litoral francés que daba frente al canal británico de La Mancha.

La ciudad desparramábase a los lados del río Liane, dividiéndose en dos zonas. La “Haute Ville”, cubriendo una colina y circundada por murallas cuyo acceso era sólo posible por puertas muy vigiladas, y la “Basse Ville”, que era la lindante a las dos orillas del río, y que nacía en la falda de la colina.

Si en la “Haute Ville” estaban instalados los castillos y los edificios de los mercaderes ricos, así como los centros judiciales, en la “Basse Ville” la autoridad relajábase en mucho, porque los castillos y edificios señoriales podían erigirse gracias a las ganancias que dejaban los corsarios y toda clase de hombres de mar que pululaban por la “Basse Ville”.

En cambio, de muy buen grado, los que hallaban aprovisionamiento en la “Basse Ville” acataban sin repulsa la

prohibición de no penetrar en la protegida y amurallada ciudad alta.

En las dos márgenes del río abundaban las tabernas, alternando con los grandes almacenes de suministro.

Los mercaderes que iniciaban su carrera consolábanse pensando que si en el presente corrían con sus familias grandes peligros, podrían llegar en el futuro a tener su casa en la “Haute Ville” y disponer entonces de otros que estuvieran al frente de los almacenes y tuvieran que bregar, con el alma en vilo, con los aventureros de toda laya que desembarcaban en el puerto.

Uno de los almacenes más concurridos era el de Petit-Jean, un minúsculo y rechoncho hombrecillo de treinta y cinco años, que estaba ya próximo a emanciparse del cargo de hombre de paja del poderoso mercader de la ciudad alta, cuyos intereses llevaba administrando honradamente desde sus dieciocho años.

Para Petit-Jean, ya avezado a todo género de lides diplomáticas, en las que su labia habíale salvado en múltiples ocasiones de muerte violenta, pocas cosas había ya que le imponían.

Pero por aquella tarde de mediados de julio de 1710, cuando dos hombres entraron en su establecimiento, Petit-Jean remojóse varias veces los labios con una lengua algo seca.

De los dos visitantes, uno se mantuvo en el umbral, brazos cruzados y adosado indolentemente contra el madero. Vestía enteramente de negro, aparte el rojo pañuelo que cubría a medias sus cabellos.

El otro, que a dos pasos de distancia estaba a espaldas del primero, era un robusto atleta de rostro horrendo, repleto de cicatrices, costurones y repliegues.

—Bue... buenas tardes, mis señores... ¿En qué... en qué puedo servirles a mis señores? Soy Petit-Jean— y fue reafirmándose la voz sonora del hombrecito—. Mi almacén es de los más bien surtidos de la ciudad y muchos capitanes se aprovisionan en mi casa.

—De eso quiero hablarte, Petit-Jean — dijo en excelente francés el Pirata Negro—. En el puerto no está el velero del corsario Hugh Foster. Pero me ha dicho, un marino que Hugh Foster, prudentemente, no recala en el río, sino que se limita a venir acompañado de varios de sus hombres, dejando su barco al pairó en sitio alejado. Si viene a Boulogne, según tengo entendido, es porque

hace muy buenos tratos contigo. Creo que vende por tu cuenta carne negra a las colonias. El ébano es un buen negocio, ¿no, Petit-Jean?

—Sí, mi señor—dijo el francés, cuya norma principal era no llevar la contraria a nadie. .

—Y es un negocio que requiere muchos cómplices. Dinero que tú entregas, direcciones de mercaderes del Caribe que tú señalas, provisiones que entregas sin cobro… Bien, ¿dónde está Hugh Foster?

—He tenido noticias, mi señor, de que no tardará en llegar.

—¿Cuándo?

—Un barco francés que le precedió, cuyo capitán es gran amigo mío, me notificó que esta noche o mañana llegará el velero de Hugh Foster.

—¿El velero ancla en el río?

—No, mi señor. Como bien os informaron, ancla en sitio desconocido, fuera de Boulogne. No lo sé, os lo prometo.

—¿Cómo sabes que llegará esta noche o mañana?

—Porque me lo hizo avisar por el capitán francés. Su orden fue que el 7 de julio por la noche, o a más tardar el 8 al amanecer, me visitaría.

—Tienes cara de pillo y eres un canalla, pero pareces hablar verdad. ¿Cumple con exactitud sus citas el corsario inglés?

—Sí, mi señor.

—Yo también cumplo lo que prometo. Atiende, Petit-Jean: puede muy bien ser que Hugh Foster te haya visitado ya, y me hagas perder el tiempo. Si mañana al mediodía no he avistado al corsario en este almacén, mi lugarteniente, que ahí fuera espera, cortará en seco tu carrera asquerosa pasándote por la garganta el filo de su puñal y haciéndolo asomar por tu cogote.

Al ademán con el que el Pirata Negro se acariciaba el cuello suavemente, replicó el mercader francés, apretándose la garganta:

—¡Os, juro, mi señor, que no me ha visitado aún Hugh Foster!

—Así lo espero por tu bien. A los clientes habitúales les cierras hoy tu puerta. ¡“Cien Chirlos”! ¡Entra!

La presencia del lugarteniente, que miró, sin gran interés al hombrecillo, hizo que éste corriera presuroso a cerrar sus grandes puertas.

—¿Qué más, mi señor? — imploró, con voz casi sollozante.

—Coge aquel frasco de aquel estante. El lacrado con sello de Jamaica. Descórchalo, bebe un trago para reponerte y no te apartes de mi vista.

Sentóse el Pirata Negro junto a la puerta, señalando a “Cien Chirlos” el mostrador.

—Échate ahí detrás. Que no te vea, guapetón. Preparado a todo evento, para tumbar a quien sea, menos al que yo señale diciéndole: “Hola, Hugh Foster”. Repite.

—Me escondo, señor, pistolas preparadas y sable a la mano. Tumbo a los tipejos que te busquen camorra, menos al que tú le digas: “Hola, Jug Fosta”.

—Eso es.

Mientras “Cien Chirlos” desaparecía tras el mostrador, Petit-Jean rompió un vaso al caérsele de las manos temblorosas.

Levantóse el Pirata Negro, cogió un vaso, rompió el gollete del frasco chocándolo contra el reborde del mostrador, y, rellenando el vaso, lo tendió al francés.

—Contigo no va nada, Petit-Jean, si no has mentido. No contestes a ninguna llamada. Sólo a la de Hugh Foster. ¿Qué llamada emplea como contraseña?

—Dos aldabonazos seguidos. Una pausa larga. Un aldabonazo seco. Otra pausa. Tres aldabonazos rápidos y seguidos. Entonces... abro.

—Abrirás... y escúrrete Lacia dentro. Si lo haces hacia fuera te cazaré de un pistoletazo...

—¡Sí señor! Y cuando entre el corsario, ¿qué hago?

—Sobran bultos tras los que esconderte. Ven acá.

Petit-Jean aproximóse, y el Pirata Negro le asió per el cinto, quitándoselo.

—Tiende las muñecas. Será preferible que puedas abrir, pero que al ocultarte no cometas la torpeza de intentar disparar contra mí.

Petit-Jean, tal vez por efecto del fuerte, ron, rió con cierto alivio, tendiendo sus muñecas.,

El Pirata Negro le ató diestramente...

—Así puedes descorrer los cerrojos a empellones. En la penumbra saludas a Hugh Foster..., y lo demás corre de mi cuenta.

¿Por qué ríes con esa risa de conejo reumático?

—¡Vos queréis matar a Hugh Foster!—dijo alegremente el hombrecillo

—Y a ti, ¿qué?

—Que... ¡bendito seáis, mi señor!

—¡Cuántos vasos has bebido?

—Uno, mi señor. ¡Oh, no! No estoy ebrio... Es alegría.

—Angelito...—murmuró suavemente el Pirata Negro—. Negocias en trata de negros con el inglés... ¿Y pretendes hacerme creer que le odias?

—Le odio con toda mi alma, mi señor. Caí en el lazo y le facilité el primer dinero para que mercase esclavos... Más bien son trabajadores; sabéis que en las colonias se precisan para decentes trabajos de campo y que...

—Menos cuento, imbécil. Conozco este paño. ¿En qué lazo caíste?

—Le facilité dinero al inglés... y desde entonces me explota. Se queda con el producto de las ventas... Me amenaza con incendiar mi tienda. Y no es mía. Pertenece a M. La Hire, de la Ciudad Alta.

—Te duele, naturalmente. Apártate a un lado, que tal como estás aun te alcanzo de un puntapié.

Retrocedió alarmado el hombrecillo, con sus dos manos— atadas a la altura del pecho.

—Merecerías que te incendiaran este antro. Pero no he venido a esto... ¿Con cuánta compañía suele venir tu corsario?

—Con dos corsarios más de su tripulación. Sus mejores luchadores. Verdaderas fieras, sin entrañas. Son sus ejecutores, los verdugos de a bordo que... .

—Descríbeme a Hugh Foster.

—Es alto, de anchas espaldas, muy rubio y viste muy elegantemente, aunque con esa sobriedad que afectan ciertos ingleses. Es de buena cuna. Fue primero marino, pero..., pese a la crueldad que reina en los barcos de guerra, lo expulsaron por crueldad. Tiene un ojo semicerrado por una cicatriz en el párpado izquierdo. Le da aire siniestro cuando se enfada. Lleva siempre guantes rojos, de seda.

—Colócate tras el mostrador. Quiero dormitar un poco.

El hombrecillo se apresuró a cumplir.

—¡Guapetón!...—exclamó el Pirata Negro en español.

El rostro de “Cien Chirlas” asomó por encima de la tabla del mostrador. Parecía la horrenda máscara de un decapitado.

—No le pierdas de vista a ese granuja. Sólo tiene derecho a moverse cuando resuenen dos aldabonazos, una pausa, un aldabonazo, otra pausa y tres aldabonazos.

—Comprendido, señor.

Desapareció la cabeza de “Cien Chirlos” y, como succionado por un pulpo, Petit-Jean quedó oculto tras el mostrador.

El Pirata Negro sentóse en un escabel, apoyando las espaldas en el muro junto a la puerta, en la penumbra.

—Me oyes perfectamente, Petit-Jean. Cuando termine de sonar la señal convenida irás a abrir, colocando la linterna encima del mostrador para que yo vea bien a los que entren. Te dirigirás al mostrador, sin prisas..., y después, cuando yo salude a tu amigo inglés, quedas libre de meterte en un hoyo ratonero.

—Sí, mi señor. Sí. Así lo haré. Gracias, mi señor.

La voz sonó claramente, pero en el almacén, tal como se veía desde las dos ventanas, no había más que mercancías, un mostrador y una linterna colgando...

El resto era penumbra y silencio...

* * *

Lentamente, un campanario lejano desgrano once campanadas... El Pirata Negro se puso en pie, adhiriéndose a la pared.

Acababa de oír unos pasos cautelosos que se acercaban por la desierta callejuela. No eran pasos de marinos ebrios, únicos que deambulaban por la noche después del toque de queda...

Era el andar de hombres aplomados, que pisan con precaución.

En la puerta resonaron dos aldabonazos seguidos. Un largo minuto de intervalo se espació a continuación. Repicó la madera con otro golpe seco. El intervalo fue corto. Y seguidos resonaron tres nuevos aldabonazos.

Petit-Jean, más minúsculo aún al andar encorvado, al parecer con las manos cruzadas sobre el estómago, recogió la linterna y aproximóse con paso vacilante a la puerta, junto a la que una sombra negra quedó oculta por uno de los portantes al abrirse.

Petit-Jean dirigióse hacia el mostrador... precedido por el halo de luz de su linterna.

—Buenas noches, mis señores—fue diciendo.

Nadie le replicó. Entró un hombre alto y de anchas espaldas, tras el que otros dos tan fornidos cerraron la puerta...

La linterna quedó depositada sobre el mostrador, esparciendo su luz.

—¡Hola, Hugh Foster!

Las tres palabras desataron una actividad repentina. De los dos que se adosaban a la pared partió una llamarada...

Tendido en el suelo, el Pirata Negro disparó... Desde detrás del mostrador disparó “Cien Chirlos” contra el que seguía en pie...

Abalanzóse el Pirata Negro hacia el hombre que en el centro del almacén lanzó una grosera imprecación en inglés, llevándose la mano al cinto en busca de su pistola.

Disparó, pero el plomo hundióse en el suelo. Con seco puñetazo el Pirata Negro hizo caer de su mano la pistola.

Hugh Foster desenvainó rápidamente, y su acero chocó violentamente contra la espada del Pirata Negro...

Rubio, vistiendo elegantemente un jubón pardo bordado de encajes que en el cuello caían en dos puntas, de anchas espaldas y piernas ágiles, el fornido inglés acometió sañudamente.

Su párpado izquierdo, algo caído, prestaba a su fisonomía un aspecto siniestro..

En silencio, prodigó fintas y estocadas, cubriéndose hábilmente las espaldas contra la pared, alejándose del mostrador.

En silencio, el Pirata Negro fue acorralándole, hasta que en una trabazón violenta logró hincar la punta de su acero en la guarda de la espada enemiga.

La espada del inglés saltó por los aires, y una gota de sangre perló en el cuello de Hugh Foster, manchando su encaje al caer...

El acero sostenido por el Pirata Negro presionó levemente haciendo saltar otras dos gotitas rojas...

—Simple aviso—advirtió en inglés.

—Si no quieres desangrarte, no te muevas...

Hugh Foster, con las manos abiertas y separadas del cuerpo, estaba lívido. Sus rubios cabellos tenían brillo de sudor... Los dos guantes rojos hacían aún más visibles las manos abiertas en señal de entrega...

—¡Avanza, “Cien Chirlos”! Átame a éste hombre de forma que

tan sólo pueda mover los pies para andar.

Como medida precautoria, “Cien Chirlos” lanzó expertamente un rollo de cuerdas que había ya cogido del estante bajo, y el rollo fue deslizándose alrededor del cuerpo del corsario. Los bruscos tirones de “Cien Chirlos” fueron ultimando la labor.

Envainó la espada el Pirata Negro, mirando con cierto desdén al vencido.

—Mucho ha sonado tu nombre, para lo poco que vales, Hugh Foster— dijo Carlos Lezama—. Te creí mejor espada. Puedes salir, Petit-Jean, Hay dos muertos y un fardo. Yen acá.

El francés acercóse, limpiándose el rostro alborozado con las dos manos atadas.

—¿Es éste Hugh Foster?

—Sí, mi señor. ¡Es el tramposo bandido cruel que...!

—Cierra la cloaca, buen mozo. Entierra a los dos y búscate un cuchillo para liberarte las manos. Adiós, mercader..., y no residas mucho tiempo en la Ciudad Baja. Algún día, si sigo en vida, podría oír lamentarse a ciertos esclavos, y quizá vendría a saludarte. Adiós..., o hasta la vista si aquí continúas.

Quitóse el Pirata Negro la capa, que echó sobre los hombros del corsario, cuyo cuerpo y brazos estaban prietamente enlazados por la gruesa soga, en cuyos extremos había hecho “Cien Chirlos” nudos marineros, imposibles de desenlazar más que con un filo cortante.

—Vas a venir a bordo, corsario. Puedes andar, aunque no lo puedas hacer deprisa. No intentes escapar ni gritar, porque en vez de pisar en pie la cubierta, entrarías pies por delante y a hombros.

El corsario, empujado rudamente por “Cien Chirlos” a una señal del Pirata Negro, cayó tendido cuan largo era.

—Menos impulso, guapetón. Basta con que le cojas por la soga y le ayudes. Pero no lo lleves a rastras. Pueden estar a la vista hombres suyos...

Levantó “Cien Chirlos” al caído, y, asiendo una de las vueltas de la cuerda, semejó acompañar por las calles de la Ciudad Baja a un amigo de torpe andar y larga capa negra.

Tras ellos iba el Pirata Negro, meditando en que Hugh Foster era un enemigo de poca valía...

En el “Aquilón”, “Cien Chirlos” llevó al prisionero a la sala capitana. “Piernas Largas” replicó, a la pregunta del Pirata Negro:

—Duerme, señor… Lloró, gritó…

—Nervios… ¿Sigue durmiendo?

—Por dos veces apliqué la oreja a la puerta de su camarote, pero ya no gritaba ni lloraba. Dormirá seguramente, señor.

Descendió el Pirata Negro a la sala capitana, donde Hugh Foster, en pie, guardaba un hosco silencio, aunque, de Vez en cuando se mordía los labios hasta hacérselos sangrar.

El Pirata Negro sentóse frente a él. Hizo una señal a "Cien Chirlos", que abandonó la estancia, quedando en la puerta.

Por espacio de unos instantes Carlos Lezama meditó sobre el plan que había de seguir. Pretender hundir el velero corsario era un riesgo inútil.

Levantóse y, arrastrando al fardo humano, entró en su camarote. Allí la arrojó contra la pared.

Hugh Foster resbaló sobre las espaldas y quedó sentado.

En pie ante él, Carlos Lezama cruzóse de brazos.

—¿Sabes quién soy, Hugh Foster?

—No.

—Mi nombre figura en primer lugar en la lista de los que pretendes que huyeron de ti. ¿De cuándo acá nos vimos ni huí? Si fueses un hombre, ahora te desataría. Pero eres un ser venenoso… ¿Has oído hablar de Catalina Maça?

El inglés guardó silencio, caído el párpado izquierdo y temblorosos los labios delgados.

—Vendrá ella a saludarte. ¿Quieres hablarme de Lady Denver?

—Está a bordo. Vino voluntariamente.

—Es posible. Pese a tu cicatriz en el párpado, no eres de mal ver. Ya estudiaré si voy a por tu velero. El mar es poco ancho en la zona del canal. Pero ahora cedo mi sitio a otra persona que tiene gran interés en verte.

Salió del camarote el Pirata Negro, atravesando la sala capitana y yendo a golpear con los nudillos en la puerta del camarote donde se alojaba Catalina Maça

Repitió la llamada y apareció la portuguesa. Cubría su boca con dos maños que se estremecían…

—Serenad las fibras, señora. Sois, evidentemente, muy nerviosa. Y os comprendo. Sentaos un instante.

En breve relato le contó lo sucedido en el almacén de Petit-Jean

y señaló la puerta de su propio camarote.

—Ahí está. En la pared cuelgan panoplias. A vuestra disposición. Me llamaréis cuando me necesitéis, aunque prefiero que no me aviséis, porque no gusto de presenciar venganzas ajenas, por más justas que sean. Hasta luego, señora.

Salió de la cámara, y tras él anduvo “Cien Chirlos” obedeciendo a la señal.

En el puente encima de la sala capitana el Pirata Negro sacudió la cabeza.

—Me figuré que ese inglés tendría más personalidad, guapetón. Me ha defraudado. En este mundo, guapetón, hay dos clases de malvados: los salvajes, que obran bestialmente, por instinto de fiera, y que a veces tienen perdón, y los cerebrales, que son imperdonables. Hugh Foster, por lo que oí, pertenecía a los del segundo grupo, pero este hombre que hemos atrapado, no merecía su renombre. Es un bruto cerril sin luz de inteligencia. Mentiras de la fama, que a unos presta y a otros quita...

Un grito femenino rasgó los aire procedente de la sala capitana:

—¡Señor!

Carlos Lezama, oyendo la voz de Catalina Maça, descendió contrariado hacia el lugar donde ella, pálida y desorbitados los ojos, aguardaba con un puñal en la mapo.

—Os dije que no gustaba de presenciar venganzas ajenas. Ese puñal está limpio de sangre...

Ella entró en la sala, dejándose caer en un escabel. Murmuró, como quien recita:

—Tardé en entrar, tal era mi agitación. Al fin iba a vengarme. Frente al que allí está—y señaló el camarote del Pirata Negro—sentí renacer todo mi odio. Perdón, señor, ero cuando me inclinaba para sacarle los ojos..., retrocedí... ¡Ese hombre que está ahí dentro no es Hugh Foster!

CAPÍTULO III

Rumbo a la isla de Wight

Al oír la exclamación de Catalina Maça, Carlos Lezama, perplejo, imaginó mentalmente cuál era la trampa en que le había hecho caer Petit-Jean. Pero su experiencia en lides semejantes le hacía comprender que el francés no mentía al asegurar que aquél era Hugh Foster.

Sin embargo, tampoco Catalina Maça podía equivocarse.

Una mujer que había sufrido con tanta intensidad bajo el yudo sádico del corsario inglés no podía equivocarse...

—Ese hombre que está, ahí dentro se parece mucho a Hugh Foster—dijo ella monótonamente—. Pero sus pupilas son distintas...

—¿Hugh Foster no tiene una cicatriz en el párpado izquierdo?

—Sí.

—¿No es alto, rubio, ancho de espaldas, elegante sin rebusca y emplea guantes rojos de seda?

—Sí. Pero... ¡ese hombre no es Hugh Foster! ¡Os lo juro!

La puerta abierta del camarote permitía ver al corsario que seguía sentado en el suelo, adosadas las espaldas a la pared.

El Pirata Negro entró hasta detenerse, ante el prisionero. Junto a él, Catalina llaga, temblando, señaló los ojos del corsario...

—Hugh Foster tiene los Ojos grises, descoloridos... Este hombre tiene ojos azules... ¡Quien ha visto los ojos de Hugh Foster, como yo los vi, nunca puede Olvidarlos!

Inclinóse levemente el Pirata Negro.—

—¿Conoces a esta dama, corsario?

—Sí.

—¿Quién es?

—Catalina Maça, la portuguesa.

—¿Sabes lo que pretende?

—Quiso matarme confundiéndome con Hugh Foster..., pero ¡yo no soy Hugh Foster!

El Pirata Negro iba a alzar.el pie, pero retrocedió frunciendo el ceño. Y, distanciado del hombre sentado, habló incisivamente:

—No gusto de misterios, corsario. Tampoco gusto de torturas. Pero tienes mi palabra de pirata que si continúas jugando al tunante, te sacaré la verdad con hierros candentes.

—También me torturarás aunque responda a tus preguntas—dijo ceñudamente el corsario.

—Sólo busco a Hugh Foster. ¿Cómo es que tú, si no eres el que busco, pudieras ser confundido con él por Petit-Jean? El mercader francés siempre ha hecho sus tratos con Hugh Foster.

—No. Los hizo siempre conmigo. Hugh Foster nunca bajó a tierra en Boulogne-sur-Mer, Sabe que los franceses darían mucho por su cabeza y temía alguna celada... como la que tú tendiste. Cuando Hugh Foster empezó su carrera de corsario, yo era un hombre sin profesión. Me vio en un puerto inglés y me propuso comer caliente, beber bien y vestir como caballero. Camastro y pitanza, oro en la bolsa...

—¿Para...?

—Su primera condición era que me dejase cortar el párpado izquierdo. Acepté. Que vistiera como él y permaneciera en un camarote vecino al suyo. Cuando había que desembarcar para efectuar tratos peligrosos, yo debía responder como Hugh Foster. Ese es el motivo de tu confusión. Y de Petit-Jean.

—¿Por qué no declaraste todo esto en el almacén?

—Una de las condiciones de mi pacte con Hugh Foster era la de que, si fuese apresado, guardase silencio hasta pasadas dos horas. El tiempo suficiente para que un hombre que de lejos siempre me sigue le pudiera avisar.

—Hombre que oyó los disparos y fue a alertar a Hugh Foster, ¿no es así?

—Por espacio de cinco años he servido fielmente a Hugh Foster. Sigo siéndole fiel. Sé que ahora Hugh Foster está ya lejos de tu alcancé. En aguas inglesas, rumbo a la isla de Wight, donde sólo se atreven a llegar barcos ingleses.

—¿Por qué no acudió en tu auxilio?

—Era otra de las condiciones que yo acepté. En caso de peligro,

Hugh no podía detenerse a intentar salvarme. No puede saber que sólo eran dos hombres los que pusieron fuera de combate a sus tres mejores. Y en evitación de caer en redada de fuerzas reales francesas, está ya rumbo a la cercana isla de Wight. Ahora... ¡puedes mandarme al verdugo!

—Bruto cerril—murmuró el Pirata Negro—. No tengo verdugo a mi bordo. Se acabó tu fidelidad. ¡“Cien Chirlos”!

El lugarteniente apareció en el umbral.



El lugarteniente apareció en el umbral...

—A tus órdenes, señor.

—¡Echa este hombre al agua, sin quitarle los cordajes!

Inclinóse “Cien Chirlos”, y con un arqueo de cintura cargó sobre sus hombros al corsario.

Iba ya a salir, cuando se detuvo.

—Aguarda, guapetón. Dando de comer a los peces, ese hombre no me servirá. Llévalo a la cala, encadénalo cuidadosamente y dale de comer y beber. Vete.

Desapareció el lugarteniente doblado bajo el peso del fornido corsario, que era el “doble” de Hugh Foster.

—Debí imaginármelo—murmuró el Pirata Negro—. En el Caribe han usado varios jefes corsarios esta treta...

—Yo nunca vi a bordo al que aprisionasteis, señor.

—Naturalmente que no. Este individuo sólo es empleado en casos como el que le llevó al almacén— de Petit-Jean. El resto del tiempo lo pasará encerrado en su camarote de a bordo rodeado de todas las comodidades y tratado a cuerpo de rey.

—¿Puedo saber por qué cambiasteis de opinión cuando habíais ya dado orden de que lo arrojaran al agua?

—Hugh Foster ha hecho rumbo a la isla inglesa de Wight. Allá vamos también.

—¿A la isla de Wight? ¡No lo hagáis, señor! Yo tengo la culpa de haberos comprometido en esta aventura peligrosa. La isla es inglesa y ningún barco extranjero puede recalar en sus bahías. Es mar inglés..

—El mar es un conjunto de olas que son navegables. El agua salada no tiene nacionalidad, y así como los peces no llevan bandera grabada en sus escamas, tampoco mi velero reconoce más mar que el que surca. El ancho mar de todos. Volved a dormir, señora.

—¡No puedo consentir que vos os arriesguéis...!

—Creo que ya os dije una vez que si en tierra me gusta mandar, en mi velero no hay más que una voz que suene alto: la mía. Id a dormir, y excusadme esta desilusión. La repararé. ¿Queréis saber por qué ordené que trataran bien al corsario que supo engañar a Petit-Jean y a tantos otros?

—No acierto...

—Será un excelente acompañante por la tierra de la isla de Wight. Y ahora hacedme caso, y no rechistéis. Estáis descolorida y fatigada. Un buen reposo os convendrá. Buenas noches.

—Os suplico, señor..., si sólo intentáis ayudarme a vengarme, por favor, desistid...

—Terca sois, aunque cuando acepté teneros a bordo supe ya a, lo que me exponía. ¡Voto al averno! Charlatana, discutidora y engreída.

—¿Engreída yo, señor? — dijo la portuguesa con sonrisa triste.

—Naturalmente, señora. Os suponéis que mi velero y el mundo entero giran alrededor de una mujer. Y que esta mujer se llama Catalina Maça. Cuando os vi, ¿no os dije que iba tras Hugh Foster para matarlo? Vos fortalecisteis tal deseo mío..., pero nada más. Es

mi capricho terminar con el verdadero Hugh Foster, y... así será...

En brusco gesto acarició los negro«cabellos de la portuguesa.

—¡Y lo creo más fácil que lograr que vos me hagáis caso, maldita seáis! Andad a la cama... ¿O tendré yo que amarraros a ella para que me hagáis caso?

La sonrisa de la portuguesa fue ahora suavemente luminosa.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches. Y a propósito... Seamos menos ceremoniosos. Os tengo cierta amistad... Os llamáis Catalina, ¿no? Yo, Carlos.

—Mi hermano, que murió, me llamaba Lina.

—Bien... Buenas noches, Lina.

Andando precipitadamente, abandonó el Pirata Negro la sala capitana. No era preciso aquello para definir el rasgo saliente de su carácter, que era poco propenso a exteriorizar emociones ni aceptarlas.

Dirigióse a la cala, donde en un rincón, y mientras los tripulantes poníanse todos en pie, “Cien Chirlos” daba cucharadas de caldo al corsario encadenado contra una pilastra.

—¿Bazofia de verdura prensada, guapetón?

—No, señor. Caldo de gallina... porque dijiste que este tipejo debía comer y beber. Traje también vino del delicado...

—¿Cómo te llamas, corsario?

—Hart Mulliner.

—Me complace tu fidelidad al canalla de Hugh Foster. Sólo te mataré en último extremo. Mientras... meditaré en el empleo de tu párpado caído y tu prestancia. Pasa el cucharón a uno de mis valientes, “Cien Chirlos”. Ven conmigo al puente.

Los silbidos del Pirata Negro hicieron acudir también a Piernas Largas”, y los dos lugartenientes se cuadraron ante él.

Olfateaban próximo combate, y, aparte de su natural inclinación hacia lo que consideraban un placer, lea alegraba íntimamente comprender que el combatir y el peligro apartaban al Pirata Negro de sus pensamientos trágicos.

. —Oídme, bribones. Estamos navegando mares surcados por gente honorable, gente que al olemos hará cuanto.pueda por obsequiarnos con lindas corbatas de cáñamo. Lo prudente y natural sería irnos a esperar en mar ancha y libre el paso de Hugh Foster... Pero hay en la sala capitana una mujer que sufrió. Una mujer que

cuando sonríe... vuelve a ser una mujer que se siente limpia y sin mancilla. Toda una dama... Y esta mujer no puede esperar... ¡Yo, tampoco! ¿Sabéis qué hizo Hugh Foster?

Los dos lugartenientes, con sombrío ceño, denegaron con la cabeza, maldiciendo íntimamente a1 corsario inglés.

—Ha colocado en su mástil un cartel con el nombre de los que le huyeron. Y mi nombre es el primero, ¿Creéis posible soportar tal desfachatez de cobarde embustero jactancioso? ¿Qué dices a ello, "Cien Chiflos"?

—Ese "Jug Fosta"... es ¡un cerdo con malas ideas, señor! Merece tortura.

—¡Digo! Despellejado...—estalló e1 andaluz.

Vibraban ambos de sincera indignación ante el "insulto" al que esa para ellos un semidiós.

—Por eso, amigos, hacemos rumbo a la isla de Wight. Pero la cólera no debe ser el soplo que apague la lámpara de la inteligencia. En la isla no fondean más qué barcos ingleses. Está todo el litoral artillado, y los peces hablan en inglés por las orillas, liaremos rumbo a la isla, pero el "Aquilón" permanecerá alejado. A tierra sólo bajaremos vosotros dos y yo... y el señor Hart Mulliner, ese que está alimentándose copiosamente.

En la noche, el velero surcaba ya la boca del río, y el primer embate de las olas del mar hizo que su proa se alzase y briosa cortase en abanico de espumas el oleaje.

—Al timón, "Cien Chirlos". Hay fuerte corriente y... mucho inglés honorable de por medio.

Corrió el lugarteniente a apartar de un empujón al timonel, y se asió a la rueda semejando un gigantesco gorila.

—¡A la cofa de vigía, chiclanero! Necesito tus ojos sondeando el horizonte. Demuéstrame que eres un lince...

Contempló cómo por la escalera de cuerda trepaba en la negrura el andaluz, como si pretendiera escalar las estrellas...

—¡Turno de vigilancia, artilleros! —gritó estentóreamente el Pirata Negro.

Sombras ágiles corrieron hacia las piezas.

—¡Todos a cubierta!

La orden apiñó a los restantes tripulantes de a bordo.

—Cada uno en su sitio de combate, mis valientes. Conocéis el

Caribe, habéis entrarlo en aguas de piratas bereberes… Todo era filfa y juego de niños, comparado con lo que se avecina. ¡Vamos a visitar la corte del Rey de Inglaterra!



No deje de leer...

el próximo episodio de esta interesante colección

SUCEDIO EN SEVILLA

- Unas manoplas de terciopelo azul, flores, coplas, bailes y bullicio.
- La figura arrogante de un hombre que se burla de la muerte que le acecha a cada esquina...
- Diego Lucientes comenta jocosamente el cartel que pone precio a su cabeza pelirroja y alocada.
- Su espada destella a la luz de la luna, entre requiebros y donaires.
- Pero quien con fuego juega... El cadalso se yergue y los tambores redoblan anunciando la captura del insolente pelirrojo que recorría jactancioso las calles sevillanas...
- Nada ni nadie puede salvar de una muerte cierta al simpático tahur generoso...
- Pero en la tierra de las flores, un antifaz de flores aparece...

¡Cada página una sorpresa!

¡Cada capítulo una emoción!

EDITORIAL BRUGUERA BARCELONA